



JAMES J. O'KELLY

COLECCION DE  LIBROS CUBANOS  
DIRECTOR: FERNANDO ORTIZ  
VOL. XVIII.

# LA TIERRA DEL MAMBI

POR

JAMES J. O'KELLY

INTRODUCCION BIOGRAFICA

POR

FERNANDO ORTIZ



CULTURAL, S. A.  
LA MODERNA POESIA | LIBRERIA CERVANTES  
PI Y MARGALL, 135 | AVE. DE ITALIA, 82  
HABANA  
1930

DE ESTA OBRA SE HAN IMPRESO  
CINCUENTA EJEMPLARES NUME-  
RADOS, EN PAPEL ESPAÑOL DE  
HILO

## INDICE

	<u>Págs.</u>
Introducción biográfica, por F. Ortiz.....	VII
LA TIERRA DEL MAMBI	
CAP. I. ....	1
” II. Viaje cubano .....	32
” III. Esclavitud .....	53
” IV. En los confines de Cuba libre.....	78
” V. Campaña con los donos .....	86
” VI. ....	113
” VII. En busca de la tierra del mambi....	123
” VIII. Captura por los españoles .....	138
” IX. Sobre las huellas de Céspedes.....	147
” X. ....	172
” XI. Noticias de los mambises .....	180
” XII. Por fin en Cuba libre .....	204
” XIII. Vida en Cuba libre .....	217
” XIV. En busca de Céspedes .....	229
” XV. En el terreno de la guerra .....	243
” XVI. Con Céspedes .....	273
” XVII. Como viven los insurgentes .....	302
” XVIII. En el campamento de Modesto Díaz..	323
” XIX. Vuelta a las líneas españolas.....	338
” XX. Experiencia de la prisión .....	389

INTRODUCCION BIOGRAFICA

**L**A *tierra del mambí* es la narración de un resonante episodio cubano de la guerra separatista de los diez años, animado por un personaje de los más pintorescos y típicos del siglo XIX, cuya vida fué un continuo eslabonamiento de audaces y caballerescas andanzas por la libertad de una nación.

La novelesca historia habrá de interesar, sin duda, a todos los curiosos del pasado de Cuba, a quienes habrá de mostrarles algunos iluminados cuadros de la guerra decenal sostenida con heroica tenacidad por los cubanos independentistas desde Yara al Zanjón; pero no menor interés humano encierra la turbulenta existencia de su andante narrador. Cuando nos dispusimos a prologar este volumen para la *Colección de Libros Cubanos* con un boceto biográfico de su autor, no esperábamos hallar en la tela de su vida tan recia urdimbre de finos propósitos, tan cerrada trama de finas y bellas hebras, ni tanto anudamiento de patrióticas peripecias. La oportunidad de una estada en Nueva York, donde escribimos estas páginas, nos ha permitido hurgar con más profundidad en los antecedentes del autor, ojear por documentos privados y publicaciones raras, y darnos la fortuna de relacionarnos con personas que mantuvieron estrecha convivencia con el biografía-

do. Estas razones y circunstancias nos han movido a redactar con extensión inesperada este ensayo biográfico, con el cual acaso logremos perfilar para nuestro pueblo la singular figura de aquel valiente que en la historia de la patria cubana escribió un episodio bello.

\* \* \*

¿En qué parte del globo está la *tierra del mambí*? Ahora no está en parte alguna; antaño sí era una realidad gloriosa. El lector cubano no necesita más para recordar y comprender; pero el extranjero habrá de desear algún arrumbamiento de geografía histórica y ética antes de lanzarse a este libro de aventuras que parecen novelescas, pero que son bien reales y corridas en el vértigo de una época de heroísmos e inconsciencias, purezas y crímenes, martirios y abominaciones, que pasaron hace ya más de media centuria en la tierra más bella que vieron humanos ojos.

Para el lector forastero digamos que la *tierra del mambí* significa la *tierra de Cuba libre*, o sea aquella porción de territorio cubano que durante la guerra secesionista de los diez años (1868-1878) estaba dominada por las huestes de los libertadores y substraída *de facto* a la jurisdicción de las autoridades españolas.

*Mambí* es un vocablo, de formas substantiva y adjetiva, aplicado al cubano separatista contra España, especialmente al que luchaba en armas por la cesación del coloniaje y el advenimiento de la independencia nacional. *Mambí* es una

palabra africanoide, concretamente bantú, construida sobre una raíz, *mbí*, que tiene numerosas acepciones despectivas. Los españoles comenzaron a usarla en Santo Domingo, contra los dominicanos que no se sometieron a su gobierno cuando tuvo lugar la reanexión de aquel territorio de Quisqueya a la corona de España, allá bien mediado el siglo XIX, como desesperada fórmula transitoria con que algunos pensaron que se evitarían muy graves sucesos cuya renovación era temida con motivo de las turbulencias nacionales e interquisqueyanas, de carácter político y racial. *Mambí* quería decir *insurrecto, bandido, criminal, revoltoso, infame, malo*, lo mismo allá por el Congo y tierras africanas ultracongoleñas que por las levantiscas sabanas y serranías de la antigua isla Española (1). Los militares que evacuaron a Santo Domingo, al reanudar este pueblo antillano su historia de soberanía, vinieron a Cuba y al bregar contra el insurgente cubano lo llamaron también *mambí*. Esa denominación despectiva pasó a ser apelativo honroso, como ocurrió en otras ocasiones históricas (los *sans-culottes* de Francia, los *gueux* de Bélgica, los *carbunari* italianos, etc.) en que los elementos despreciados lucharon con éxito por sus libertades y las de su pueblo. También ahora se dicen *piojosos* los seguidores de Gandhi en la India.

(1) F. ORTIZ, *Glosario de Afronegrismos*. Habana, 1916. Otra palabra vernácula de Cuba, sacada de igual raíz bantú y también con sentido muy despectivo, es *mabinga*. Véase en el *Glosario*.

Pero la *tierra del mambí*, aun en sus días más gloriosos y esperanzados de ventura, fué poco conocida. El mundo ultramarino quizá sabía de la revolución separatista que sostenían los insulares inconformes con el absolutismo metropolitano, pero no acertaba a comprender su importancia, sus potencialidades y la grande inversión de sangre y sacrificios con que los cubanos capitalizaban las energías éticas de su nación adolescente para asegurarle un futuro de plena capacitación soberana.

Como dijo después de su excursión afortunada el mismo explorador: "La *tierra del mambí* es un país completamente desconocido, pues lo han desfigurado en sus narraciones, así sus amigos como sus detractores" (1). Y hubo por esas tierras transtropicales quien quiso saber.

¿Quién fué el explorador de esa *tierra del mambí*? Sencillamente, fué un corresponsal del *New York Herald* que a fines del año 1872 y comienzos del siguiente vino a Cuba, penetró hasta el territorio que ocupaban las fuerzas libertadoras de Carlos Manuel de Céspedes y, tras algunas peripecias, logró informar al mundo de su estancia en *Cuba libre* y de los heroicos esfuerzos de los cubanos por conseguir la independencia nacional. El arrojado investigador fué un irlandés y su nombre merece figurar en los diccionarios biográficos de Cuba, juntamente con otros apellidos oriundos de aquel pueblo culto que arraigaron en

(1) En el *New York Herald*, 9 mayo 1873.

la mayor de las Antillas. Muchos, que podríamos decir conservadores, al lado de España, como los célebres generales O'Reilly y O'Donnell, ambos jefes militares en Cuba, y no pocos magnates o también soldados, como los O'Farrill y los O'Gaban, o en profesiones varias, como los O'Connell, los O'Bourke, los O'Halloran, los Byrne, etc.

Pero otros hijos de Erin o de irlandés linaje apoyaron las actividades liberales de los cubanos contra el régimen absolutista del coloniaje español.

Recordemos entre estos al irlandés Richard R. Madden, aquel médico y funcionario del gobierno británico que residió en Cuba durante los años 1836 a 1839 para estudiar la sociedad cubana, su comercio, su educación, su religión, y en particular su esclavitud y el contrabando negrero, y que redactó una obra eruditísima y fundamental para el conocimiento de aquel horrible tráfico de *piezas de ébano* y del progreso de las libertades cubanas (1). Entre los invasores de Narciso López se hallan los apellidos irlandeses de O'Reilly, Kelly y otros. Entre sus conspiradores figuró un O'Sullivan, de irlandesa oriundez, cuñado de Cristóbal de Madan (2). Fué el denodado coronel irlandés O'Hara quien escribió en la bandera invasora de Narciso López: *¡Primus in Cuba!* (3).

(1) RICHARD R. MADDEN. *The Island of Cuba its resources and prospects, considered in relation especially to the influence of its prosperity on the interest of the British West India Colonies*. Londres, 1849. 8° 252 págs. 2ª ed. en Londres, 1853.

(2) Véase HERMINIO PORTELL VILÁ. *Narciso López y su época*. Habana 1930, pág. 77.

(3) VIDAL MORALES. *Iniciadores y primeros mártires*, pág. 259.

Entre los 50 fusilados en Atarés con Crittenden, en 1851, se contaban cuatro irlandeses (1).

Y años más tarde hubo mambises de sangre celta que dieron sus vidas por *Cuba libre*, tales como O'Brien y Reeve.

Entre los irlandeses simpatizadores de *Cuba libre* debe también ser recordado James J. O'Kelly.

James J. O'Kelly nació en Irlanda (2). En Dublín y en el año 1845, según unos; en Galway y en el año 1840, según otros. Una reciente biografía añade aún que fué en mayo de 1842. No podemos dilucidar la discrepancia entre los lugares y las fechas, pero, sin duda, O'Kelly fué irlandés y no hijo de Norteamérica, como alguien supuso.

El joven irlandés era de familia significada

(1) ALEJANDRO JONES. *Cuba in 1851*. Nueva York, 1851. Según correspondencia habanera en *The New York Herald*, en la misma fecha de la carnicería (16 agosto, 1851).

(2) *James* es vocablo inglés, que ha sido traducido variamente al español. La *Enciclopedia Espasa* llama a nuestro biografiado *Jacobo O'Kelly*. Acaso la traducción más próxima fonéticamente sería *Jaime*, y la más castiza *Santiago*. *James* no es sino una de las múltiples formas (*James, Jacques, Jacobo, Jaime, Santiago, Yago, Diego*, etc.) de un mismo vocablo antiguo. Para singularizar más al personaje de nuestro interés, ya que todo nombre tiene por único objeto la más precisa individuación jurídica de cada unidad antropológica, preferimos seguir nuestra costumbre de mantener los nombres en su lenguaje originario, cuando no aconseja lo contrario el uso general bien fijado o alguna circunstancia peculiar. Además, consignaremos siempre la inicial de su segundo nombre, según el uso norteamericano, para distinguirlo totalmente de *James O'Kelly*, un teólogo irlandés anterior a nuestro biografiado, que en nada se relaciona con la personalidad de éste, salvo, quizás, por vínculos genealógicos que ignoramos.

por su dedicación a las artes. Su padre fué rico, albéitar, y con gran industria de carrocería. Por su ascendencia materna James fué sobrino de Michael Lawler, el renombrado artista irlandés, uno de los escultores que contribuyó a la erección del *Prince Albert's Memorial* en Hyde Park de Londres, a instancias de la reina Victoria. Charles O'Kelly, hermano de James, se distinguió por haber modelado un excelente busto de O'Connell, y sus otros dos hermanos, Stephen y Aloysius, fueron también artistas. Todo ello nos dice que su vida infantil bien pudo estar rodeada de fina intelectualidad y culto ambiente. O'Kelly tuvo la educación usual en niños de su clase, comenzándola en Londres, al amparo de su tío escultor. Pero, como ha observado O'Connor (1), aquel niño pasó su puericia en una escuela de Londres, "donde sufrió y aprendió el desdén con que son mirados los niños de una raza conquistada". Vuelto a Dublín quiso dedicarse al arte de la forja, y muerto su padre intentó seguir la industria paterna, pero no tuvo éxito.

En tanto, O'Kelly estudió en la universidad de Dublín; pero no pudo permanecer en Irlanda, vendió los restos de su herencia en 1862 y regresó a Londres para aprender escultura en el estudio de su tío, aprendizaje que no terminó para trasladarse a París y estudiar en la Sorbona.

El citado O'Connor, compañero político que fué de O'Kelly, dice que éste "fué de familia

(1) *The Parnell Movement*, Londres, 1886, pág. 353.

archihereje contra la ortodoxia gubernativa que imperaba en Irlanda" (1). Cuando O'Kelly llegó a la virilidad, sus compatriotas sólo ansiaban la rebeldía armada contra Inglaterra. Las escandalosas traiciones de Sadleir y Keogh contra la causa de las libertades irlandesas habían hecho perder toda esperanza en la pacífica liberalización gubernativa de Irlanda, y la juventud se aprestaba a librar la batalla que convirtiéndose en campaña tenaz y sangrienta de varias generaciones por la soberanía patria.

O'Kelly estuvo siempre por la libertad. "Constantemente, desde 1858 y hora tras hora, toda su vida soñó y laboró por Irlanda" (2).

En Dublín, corriendo el año 1860, James J. O'Kelly y su compañero de aulas, el también célebre John Devoy, se afiliaron a la organización combatiente de los separatistas irlandeses, o sean los entonces llamados *fenianos* (3), comenzando así su incesante colaboración a todas las agitaciones revolucionarias de Irlanda para emanciparse de la soberanía de Inglaterra y particularmente del yugo de los lores, que mantenían en aquella isla oprobiosos privilegios territoriales de carácter feudal.

O'Kelly fué quien al trasladarse a Londres, en 1862, inició en esa capital el movimiento feniano.

(1) O'CONNOR, pág. 354.

(2) *Ibidem*, pág. 362.

(3) Así lo declaró el mismo O'Kelly muchos años después. ROBERT ANDERSON. *Sidelights on the Home Rule movement*. Londres, 1906, pág. 158.

Reunió a los escasos y dispersos iniciados que vivían en la gran urbe y los organizó, poniéndose a su frente y extendiendo el núcleo con intensa propaganda.

"En 1867 ya era uno de los jefes organizadores de la conspiración armada", dice O'Connor. Pero antes de consagrarse por entero a la rebeldía, y aun dentro de la conjura que exigía el andar de los tiempos y el advenimiento de las oportunidades para su madurez y eficacia, el joven O'Kelly dió expansión a la exhuberancia de sus impulsos contenidos.

Pronto se exteriorizó su espíritu decidido y aventurero. Para satisfacerlo y conspirar a la vez por su patria se alistó en el cuerpo de los "*London Irish Volunteers*"; pero a los pocos meses no pudo continuar sufriendo el mando de militares británicos y en 1863 desertó y fué al continente, donde ingresó como simple soldado en la *légion étrangère* del ejército francés, sirviendo en Argelia varios años con aquel agresivo cuerpo militar. En Orán tuvo su bautismo de sangre: guerreó contra los árabes.

Cuando Francia dispuso su infortunada expedición intervencionista en Méjico, que los Estados Unidos tuvieron que tolerar entonces, a pesar de la doctrina de Monroe, O'Kelly embarcó con el cuerpo expedicionario y participó en el territorio mejicano de las peripecias que antecedieron a la ocupación de la capital de Méjico y al entronizamiento del emperador Maximiliano. A poco, el intruso magnate austriaco era fusilado, su im-



perio caído y los franceses repatriados. O'Kelly fué herido en Mien y capturado por el general Corrales en junio de 1866, quedando en Méjico, prisionero de las tropas del patriota Juárez. Entonces recibió una carta de su compañero Devoy, participándole que se había fijado para el siguiente año el inicio de la acción revolucionaria contra Inglaterra y llamándolo a ese fin. O'Kelly decidió regresar inmediatamente a su patria y escapándose de su prisión, rompió su nexo con la legión francesa. Tras un pintoresco viaje en una burda canoa que él mismo se labró, riesgosas peripecias con las guerrillas mejicanas, y el favor de una viejecita que imploró de sus hijos el perdón del *gringo* a punto de ser fusilado, llegó éste a Matamoros, y después a los Estados Unidos, de donde su tío lo sacó para Londres.

A poco de llegar a Inglaterra el joven feniano, se entera de que la revolución irlandesa estallaría el 5 de marzo de 1867, y por primera vez en su vida demuestra O'Kelly que lo ardoroso del patriotismo debe armonizarse siempre, y precisamente por amor patrio, con la sensatez de la conducta. Se opone entonces al movimiento por creerlo imprudente y faltos de armas los conjurados; es desoído y el complot fracasa dolorosamente. O'Kelly trabaja en seguida cual ninguno para reorganizar a los fenianos mal avenidos, se inmiscuye en los conciliábulos de los protestantes irlandeses para iniciar una agitación por el *Home Rule*, conspira para libertar a John Devoy y demás fenianos condenados de la prisión británica de Chatham

donde estaban reclusos por rebeldes, penetra disfrazado en la cárcel y todo se prepara para la evasión... pero la amnistía hace innecesaria la aventura.

Ya esto bastaría para dar colorido a una vida. Apenas hemos salido del proemio. Estalla en 1870 la guerra francoprusiana. Los católicos irlandeses manifiestan sus simpatías por Francia, enviando un cuerpo de ambulancias bajo el mando del doctor Constantino J. MacGuire. Nuestro James J. O'Kelly, sin embargo, quiere que vaya un regimiento de combate y acude a París para realizar su anhelo.

Apenas Francia comenzó a sentir la debilidad de su ejército frente a los embates de Moltke, aprobó el plan de O'Kelly a quien como coronel se le confió la difícil misión de trasladarse en seguida a su patria nativa, y reclutar secretamente a jóvenes irlandeses para formar una brigada de voluntarios bajo las banderas napoleónicas. Aceptó O'Kelly el encargo, fuése a su tierra y comenzó a desempeñarlo, pero la caída de Sedán y del imperio de Napoleón III acabó con su trabajo.

Terminada la contienda con la *débacle* francesa, el derrotado voluntario, según se cuenta, actuó en Inglaterra algún tiempo como agente secreto de los fenianos, encargado de adquirir y embarcar armas para la revolución separatista de su patria. Después, todavía en 1871, movido acaso por exigencias de la conspiración, se embarcó para los Estados Unidos. Creemos que sus actividades separatistas debieron de ser mucho en la nueva expatriación de O'Kelly. El movimiento revo-

lucionario contra Inglaterra tenía sus órganos más dinámicos y extremistas en los Estados Unidos, a donde habían emigrado millares de irlandeses desde la horrible época del *hambre negra*, que en 1847 sufrió el pueblo rural irlandés. En aquellos Estados, desde 1858, había sido creada la sociedad de los *fenianos* (1), que llegó a hacerse temible y dió algunos golpes audaces, aunque intrascendentes por el momento, como la invasión armada del Canadá y la toma del fuerte fronterizo de Erie, el 31 de mayo de 1866.

O'Kelly, que ya era un personaje del fenianismo al trasladarse a los Estados Unidos, continuó más enérgica en América su rebeldía feniana. Al fundarse la agrupación más secreta de los conspiradores, O'Kelly no sólo fué miembro del *Clanna-Gael*, sino uno de sus altos funcionarios retribuidos, lo que significa que consagraba a la conspiración separatista una incesante actividad, bien armonizada con su nueva ocupación pública, pues desde su llegada a Norteamérica se dedicó a la profesión de periodista en las columnas del *New York Herald*.

Quizás no sea ocioso recordar que el *New York Herald* fué en aquella época el diario de más fama mundial por la originalidad, audacia y valor de sus correspondencias, recibidas de los más distantes países y sobre los temas de más interés

(1) Este nombre de los patriotas separatistas de Irlanda fué tomado de la antigua milicia céltica que allá por el siglo III acaudilló *Pinn*, un personaje semilegendario de la historia de Erin.

general. La misión de O'Kelly a la *tierra del mambí* fué una prueba de cómo sabía J. Gordon Bennett invertir dinero y energías en captar noticias sensacionales. Al *Herald* debióse el célebre rescate de Livingstone en el corazón de África, por el corresponsal H. M. Stanley; fué el *Herald* quien envió el *Jeanette* al Artico...; todavía en 1898 no fué por simple casualidad que junto al almirante Dewey en la bahía de Manila, al dar aquél la orden de fuego contra los buques españoles, tuviése a su lado a un corresponsal del *Herald*:... Oswald Garrison Villard, el actual director de *The Nation*, siempre tan recortado en sus encomios, no vacila en declarar que cualesquiera que sean los posibles comentarios éticos acerca de los Bennett, padre e hijo, sin duda fueron ambos los más notables periodistas que produjo América. El padre revolucionó el sistema de adquirir y reportar noticias, el hijo tuvo el genio de procurárselas exclusivas (1). En aquella época los periodistas rivales del *New York Herald* no podían irse a dormir, ya rendida su labor nocturna, sin leer primero, con la nueva luz del alba, un ejemplar del *Herald*, temiendo siempre ser sorprendidos por una información *record*, de esas que tanto encantan a la psicología popular norteamericana.

La entrada de O'Kelly en el *Herald* fué como portanuevas substituto; pero coincidió con ella el regreso, después de un viaje por Europa, del general

(1) O. G. VILLARD. *Some newspapers and newspapermen*. Nueva York, 1926, pág. 273.

Sheridan, quien odiaba a los periodistas, y tal mañana se dió O'Kelly y tan soldadescamente encubrió su nueva profesión que Sheridan, el adusto militar de irlandesa estirpe, habló largamente con él. Así logró O'Kelly el triunfo de ser el único reportero que entrevistara al adusto general; y en seguida se le consideró como un veterano en la prensa.

Su carrera reporteril fué afortunada. Es-tando contratados los reporteros a tanto por pulgada de escrito publicado, O'Kelly ganaba casi siempre más que sus compañeros.

Cuéntanse pintorescas aventuras del ingenioso buscanuevas. Cazó búfalos con el célebre "Buffalo Bill", quien proclamaba siempre la insuperada valentía del irlandés; reportó guerras con los indios; secuestró casi al famoso político francés Rochefort al escaparse de Nueva Caledonia y llegar de paso por los Estados Unidos, manteniéndolo en un tren, aislado de los otros periodistas, mientras él telegrafiaba de estación en estación una entrevista de todo un día que fué sensacional en América como en Europa...

El *Herald* lo envió al Brasil para que acompañara al emperador en su viaje a los Estados Unidos. En ese viaje O'Kelly prestó buenos servicios a don Pedro. Dos fueron muy encomiados: en la bahía de Río Janeiro espectacularmente salvó la vida a la emperatriz, y durante todo el viaje libró al emperador de las entrevistas de los periodistas de los Estados Unidos, sin otra excepción que los del *New York Herald*.

Este servicio debió de estimarlo mucho el emperador, que tanto empeño puso en librarse de la acometida reporteril, pensando acaso, con O'Connor, quien cuenta lo ocurrido, que "cada reportero americano es como un piel roja, pues no se contenta con vencer al enemigo, sino que tiene que arrancarle y llevarle la cabellera". El éxito de O'Kelly fué tan sonado, que cuando la comitiva imperial llegó a San Francisco, los periódicos californianos despechados dieron escuetamente la noticia con esta sola frase: "Ha llegado ayer a San Francisco el reporter del *New York Herald* Mr. James J. O'Kelly, acompañado del emperador del Brasil".

Si en ese periódico entró como *reporter*, pronto sus vivas aficiones artísticas lo convirtieron en crítico de arte, demostrando tal agudeza y ponderación de juicio, que fué elevado a editorialista, y, más tarde, a miembro del comité director de aquel diario, hasta el año 1873.

\* \* \*

A fines de 1872, *The New York Herald* envió a Cuba un corresponsal con misión de burlar a las autoridades españolas, llegar hasta Carlos Manuel de Céspedes y remitir informes de la verdadera situación de la rebelión separatista. "Ese corresponsal, Mr. Henderson, no tuvo el valor ni la astucia que reclamaba una empresa semejante" (1).

(1) CARLOS M. DE CÉSPEDES Y QUESADA. *Carlos Manuel de Céspedes*. París, 1895, pág. 242.

Digamos mejor que fué un mentiroso e indigno simulador de noticias. El prestigio del gran diario neoyorquino exigía el éxito. Su pueblo reclamaba, además, una información verídica e imparcial de lo que ocurría en Cuba libre. Para lograr el triunfo periodístico se pensó en O'Kelly y éste aceptó gustoso su nuevo cargo de "corresponsal de guerra". Con tal carácter vino a Cuba el intrépido irlandés.

Una vez en Cuba, O'Kelly no adoptó procedimientos hipócritas y ocultos, sino completamente abiertos y diáfanos. Acaso esta rectitud fué lo que salvó su vida. Informó de su propósito a las autoridades españolas, pidiéndoles un salvoconducto para recorrer el país y pasar al campo mambí (1).

El capitán general de Cuba escribió a J. J. O'Kelly, con fecha 24 de diciembre de 1872, manifestándole que él había permitido a Henderson, el anterior corresponsal del *New York Herald*, ir en compañía de las columnas españolas y hasta visitar algunos campamentos de los insurgentes; pero que, por motivos por él ignorados y a pesar de las atenciones que Henderson recibiera, le atribuyó a su autoridad el propósito de hacer una ilícita e indecorosa presión sobre sus opiniones, coartando

(1) Carlos Manuel de Céspedes hizo incapié en esta circunstancia notoria para confiar desde los primeros momentos en que O'Kelly no sería fusilado, y así se lo manifestó a F. F. Muller, el otro corresponsal que el *Herald* envió a Cuba para el "caso" de O'Kelly. (*Herald*, 7 de junio de 1873).

su libertad de periodista. Henderson, decía el capitán general, puede ahora, sano y salvo en su país, escribir en el *Herald* lo que desee en simpatía con las "indisciplinadas hordas de la insurrección", pero "la repetición de ese espectáculo no puede ser permitida". El capitán general seguía comunicando a O'Kelly que él podía, con el simple visado de su pasaporte, recorrer todo el país inquiriendo noticias de la insurrección, de los miles de insurrectos rendidos que "combaten ahora en las filas españolas o viven tranquilos en sus casas", perdonados por el gobierno de la colonia. "Todo otro camino que usted adopte deberá entenderse a *su exclusivo riesgo*." El general don Francisco de Ceballos concluía su carta con esta solemne excusa por el abajamiento de su protocolo en favor de O'Kelly: "He tenido la satisfacción de responder a su carta, pero esta condescendencia no puedo repetirla, pues usted entenderá que no es habitual que las autoridades expliquen a los individuos particulares, por respetables que sean, los motivos de su conducta o el fundamento de sus opiniones".

O'Kelly adoptó el camino del "exclusivo riesgo", a pesar de los peligros que podían presentarse y las dificultades a que maliciosa o inocentemente podía ser precipitado, por las insidias y desconfianzas de que estaba lleno el ambiente o por lo delicado de la situación y estado hervoroso de los ánimos en aquella contienda que a veces revistió toda la acritud de las luchas fratricidas.

El vicecónsul inglés en Santiago de Cuba,

Mr. W. Ramsden, le aconsejó a O'Kelly que no ultrapasara las líneas españolas; pero él tenía un deber profesional que cumplir y un éxito que conquistar. O'Kelly se puso pronto en contacto con los elementos simpatizadores y confidentes de los separatistas, y halló el sendero que debía llevarlo a la *manigua*, tras cuya fronda se extendía la *tierra prometida* de los cubanos, *Cuba libre* o *la tierra del mambí*.

O'Kelly, en la tarde del 19 de febrero de 1873, salió de Santiago de Cuba y se encaminó a la *tierra del mambí*; pero fué arrestado en Palma Soriano, como verá el lector que siga su vivida narración, de la cual no hemos de anticipar ni un párrafo.

Así, Carlos Manuel de Céspedes pudo escribir en carta íntima a su esposa, refugiada en Nueva York, la llegada a Cuba del corresponsal: "Mr. O'Kelly se ha comunicado con la familia de uno de mis oficiales para obtener información acerca del modo de llegar hasta nuestras fuerzas. He dado órdenes para que sea recogido y acompañado por una escolta hasta Cambute y de ahí hasta nuestro campamento. He sido informado de que O'Kelly ha sido preso en Palma Soriano, y todos esperamos ansiosos noticias de lo ocurrido. Es imposible que los españoles vean con agrado tales visitas, especialmente ahora cuando sus pueblos están sin guarniciones y los voluntarios totalmente desmoralizados. Los patriotas están manteniendo la ofensiva y es natural que se pongan todo género de obstáculos al viaje

informativo de Mr. O'Kelly para que éste se canse y regrese sin cumplir su misión".

Pero O'Kelly llegó a *Cuba libre* a las 4 de la tarde del día 21 de febrero, y logró entrevistarse con Céspedes el día 6 de marzo de 1873. De su estancia con los mambises él dice lo importante en su libro.

Debió de impresionar bien al jefe de la revolución cubana, porque éste habla del visitante con encomio en varias cartas a su esposa (1). "En nuestro campo se manejó dignamente... y confesamos su mucho valor y resolución", dice el caudillo de los *mambises* cubanos.

Las autoridades españolas, como suponía Céspedes, vieron con desagrado la nueva intromisión de la prensa norteamericana en los sangrientos sucesos que se desarrollaban en Cuba, entretejiendo con hebra roja la pertinacia de dos impotencias.

El *New York Herald* tenía un corresponsal fijo en la Habana, quién participó la aventura mambisa de O'Kelly al capitán general. Al saber éste que aquél estaba con los cubanos rebeldes, se mostró exasperado, diciendo que la conducta del periodista era una burla de las leyes del país. Así lo comunicó el corresponsal a su diario, el 4 de marzo. La suprema autoridad añadió al colega de O'Kelly que si éste volvía de las filas insurrectas sería juzgado en consejo de guerra sumarísimo

(1) CARLOS MANUEL DE CÉSPEDES Y QUESADA. *Ob. cit.*, págs. 248 y 250.

y fusilado como espía; pero, siguió informando el corresponsal, después se mostró más suave y circunspecto, diciendo que O'Kelly sería expulsado de Cuba tan pronto como regresara a las líneas españolas.

El *Herald* le puso a esta noticia el siguiente epígrafe irónico: "La caridad cristiana suaviza el corazón oficial del hidalgo".

O'Kelly estuvo con los mambises unas seis semanas. Y nada pudo serle con razón imputado que desdijera de su misión meramente periodística. Según un corresponsal del *Herald*, "los oficiales de San Quintín informaron que durante un combate vieron a O'Kelly a caballo, blandiendo un sable, mientras dirigía una carga de la caballería insurrecta contra las tropas españolas". Pero la noticia era fantástica, debida probablemente a la imaginación, captadora de emociones populares, de James Gordon Bennett, quien, aun dando la noticia como infundada, adornaba la figura de su corresponsal con gestos románticos, muy compatibles con la justa fama de *beau sabreur*, sin miedo ni reproche, de que siempre gozó aquel caballero dublinés. Se cuenta, sin embargo, que O'Kelly observó que los mambises desperdiciaban lastimosamente sus escasas municiones en disparos de sus rifles a cortas distancias, siendo preferible utilizar escopetas cargadas con postas o con proyectiles heterogéneos muy fáciles de obtener en los campos, con lo cual se hacía un fuego más eficaz que con los remingtons. Y dícese que los cubanos siguieron con éxito el consejo del astuto

irlandés (1). Sus gustos andariegos y ansiosos de aventura acaso pudieron sugerirle la idea de prolongar su estancia entre los cubanos en armas por la liberación de su patria; pero predominó en el corresponsal del *New York Herald* su deber de periodista, ansioso ya de dar a la prensa las sensacionales nuevas de su exploración por las entrañas mismas, hasta entonces inexploradas, de esa *tierra incógnita* que el llamó la *tierra del mam-bí*. Esta, antes que un impreciso ámbito geográfico que ya no obedecía a España, era por lo precaria y cambiadiza una región más espiritual que terrestre, a la cual unos pocos héroes ya habían declarado libre república y adornado con símbolos de encendida esperanza: un escudo con el sol naciente y una bandera con el lucero matutino en la sangre del alba, iluminando por entre cendales blancos el cielo azul de una patria hermosa.

El 24 de marzo, o sea pocos días después de su llegada, O'Kelly separóse de Céspedes, emprendiendo el regreso al campo español. El 31 llegó a Manzanillo, y aunque fué a presentarse al jefe militar yendo en compañía del cónsul inglés, el denodado periodista fué reducido a prisión.

El arresto de O'Kelly fué el penacho de su triunfo y lo que le dió inmensa popularidad en los Estados Unidos y entre los simpatizadores

(1) *The Gaelic American*. Nueva York, 30 diciembre 1916, pág. 7, col. 2.

de Cuba libre. El *New York Herald* había triunfado. El director se felicitaba y el administrador recogía alborozado las acuñadas consecuencias del triunfo.

Las autoridades militares de la colonia española contribuyeron al éxito periodístico de O'Kelly, como él no pudo nunca desear mejor. De pronto el nombre de O'Kelly pasó a la actualidad mundial. El intrépido periodista ya no era sólo un caballero audaz, ya era un héroe andante, una víctima, un mártir de la libertad. Se corrió que había sido muerto en un calabozo por la soldadesca, irritada contra el joven representante de la libre opinión, el adalid de la verdad, que vino a Cuba para impedir que el dragón de la tiranía estrangulara en sus garras monstruosas a otra bella durmiente del ensueño americano, la última doncella hija de la *Madre América*.

Sus colegas, los periodistas, hicieron que la causa de O'Kelly fuese la de la libertad de la prensa. La obtusa recalcitrancia del absolutismo colonial daba pábulo a la protesta. Los telegramas dirigidos por Mr. Percy, corresponsal del *Herald* en la Habana a O'Kelly en Manzanillo; a Mr. Lanten, vicecónsul británico en Manzanillo también; a Mr. F. W. Ramsden, cónsul inglés en Santiago de Cuba; y a Mr. A. N. Young, cónsul de los E. U. en dicha ciudad, fueron secuestrados y no llegaron a su destino. Cundió la alarma. Se sabía la procacidad de los voluntarios, la debilidad fanfarrona del capitán general, a quien se pintaba como un nuevo Pilatos, la excitación de

los elementos españoles contra las incursiones de los norteamericanos...

El corresponsal habanero del *Herald* se entrevistó con el capitán general en la mañana del 10 de abril. Sólo le dijo aquél que a O'Kelly se le habían encontrado dos cartas de Céspedes y que el periodista sería considerado como un espía. El periodista recordó a la autoridad su promesa de sólo expulsarlo de la isla sin otra coacción punitiva, pero le fué respondido que esto era en el caso de que O'Kelly se hubiese conducido como un neutral, pero no como un espía. El capitán general manifestó que O'Kelly había empeorado su causa negándose a contestar los interrogatorios judiciales. La superior autoridad española "se mostraba muy cortante en sus respuestas y tan arrogante como siempre". De todo fué informado el magnate de la opinión norteamericana, dueño y director del *New York Herald*.

Mr. A. N. Young, cónsul de los Estados Unidos en Santiago, cablegrafió el 10 de abril a Mr. James Gordon Bennett, editor del *New York Herald*: "O'Kelly está en situación precaria, preso en Manzanillo, y pide ser juzgado en la Habana con defensor y garantías. Necesita el auxilio de toda la poderosa influencia de usted".

Los periódicos de la Habana nada dijeron al principio del arresto de O'Kelly. El corresponsal del *Herald* les dió la noticia el día 10 de abril para su publicación; pero le contestaron que ellos no estaban autorizados para decir nada de ello,

Sin embargo, después le dedicaron vibrantes artículos de indignación o de sarcasmo.

La prensa española de la Habana no pudo dejar de tratar el "caso" O'Kelly apenas sus corresponsales neoyorkinos le transmitieron la campaña del *Herald* y demás diarios norteamericanos. No era posible ocultar lo ocurrido a los pobladores de Cuba, y la prensa local se dedicó a ridiculizar las noticias de los "insurrectos", a mofarse de la austera "Presidencia de la República que residía en un bajareque", a tratar de desvirtuar las declaraciones cubanófilas de O'Kelly y a lanzar las invariables invectivas contra los enemigos de la mal llamada "integridad nacional".

El *Diario de la Marina* dedicó varios editoriales vibrantes "al comisionado del *Herald*", los días 6, 24, 25, 28 de abril y 8 de mayo de 1873, glosando las correspondencias de K. Lendas, su redactor en Nueva York, especialmente la de 27 de marzo, que inició el tema. *La Voz de Cuba*, célebre en los fastos del coloniaje por su constante y hosca actitud de corifeo del despotismo, insertó amplios comentarios a las peripecias y declaraciones de O'Kelly, los días 29 y 30 de abril y 1 de mayo, amén de unas correspondencias neoyorkinas. Otro diario español, *La Constancia*, publicó sendas correspondencias de *Hispánicus*, fechadas en Nueva York los días 15, 17, 21 y 24 de abril, y artículos especiales los días 24, 25, 26 y 29 del mismo mes.

K. Lendas comunicó el 27 de marzo al *Dia-*

*rio de la Marina* (1) que Antonio Zambrana había llegado a Nueva York desde Cuba libre, con una misión de los mambises. Y añadió:

"Zambrana dice que O'Kelly llegó al Campamento "Tempú" el 25 de febrero, tan enfermo y debilitado que creía estar moribundo. Según los cálculos del nuevo emisario, O'Kelly debía tener una entrevista con el presidente Céspedes el día 6 ó 7 de este mes, y opina Zambrana que el "comisionado del *Herald*" saldrá clandestinamente de la isla, lo cual ya indica el carácter de sus futuras correspondencias. Yo tengo la convicción moral de que el objeto de la misión de O'Kelly ha sido llevar avisos a los insurrectos y ponerles al corriente de los proyectos filibusteros que se tramam en este país. Esto no es más que continuar lo que principió Henderson, y obsérvese como después de la entrevista que éste tuvo con Agramonte han desplegado más actividad y pertinacia en sus operaciones los insurrectos. Salir de la isla es bastante fácil, pero llegar hasta los facciosos ofrece muchísimas dificultades; sólo con un pretexto como el de Henderson y el de O'Kelly se puede impunemente llevar a los "patriotas" los consejos verbales y planes de acción que sugiere el estudio de la cuestión desde los Estados Unidos, para que el movimiento de la insurrección vaya de concierto con el del laborantismo."

Estas inferencias fueron comentadas por el *Herald* en forma contumeliosa redarguyendo contra el ataque.

En una correspondencia al *Diario de la Marina*, de fecha 8 de abril de 1873 (2), decía K. Lendas:

"La noticia del arresto de O'Kelly, que ayer telegrafió al *Herald* su corresponsal en la Habana y que viene hoy explañada con algunos pormenores transmitidos por la vía de Cayo Hueso, ha puesto al famoso *Herald* en estado de ebullición, por lo cual no es extraño que arroje grandes bocanadas

(1) 5 de abril 1873. Pág. 2.<sup>a</sup>, col. 7.<sup>a</sup>

(2) Publicada el 15 de abril, pág. 2.<sup>a</sup>, col. 8.<sup>a</sup>



de vapor, que se condensará poco a poco en agua de cerra-  
jas. En cuanto supo la noticia el don Quijote del periodis-  
mo montó sobre su Rocinante, se afirmó bien en los estribos,  
apretó bien la lanza, llevó la adarga al pecho y levantando  
la voz, con ademán arrogante dijo: "Ténganse ustedes  
señores españoles, y suelten a ese desdichado O'Kelly sin  
tocarle un pelo de la cabeza; donde no, conmigo sois en ba-  
talla, gente descomunal y soberbia". Al general Ceballos,  
al gobierno de la metrópoli y a toda España, hace el *Herald*  
responsable de la seguridad de James O'Kelly, el valeroso,  
heroico y nunca bien ponderado "Libertador de Cuba li-  
bre". Además, telegrafió al presidente Grant, exigiéndole  
que intercediera por O'Kelly, digo mal, que demandara su  
soltura a las autoridades españolas. Nos llamó de traidores  
y alevosos, cobardes y mal nacidos, sanguinarios y crueles,  
bárbaros y desalmados, y echando espumarajos de rabia y  
pateando de coraje y gesticulando como un energúmeno,  
juró vengarse de la afrenta que los españoles han hecho al  
*Herald* y a su comisionado.

Pero la verdad es que el *Herald* se alegra interiormente  
de lo que está pasando a su comisionado, y aun se holi-  
ría mucho de que lo fusilaran, que con esto se cubriría de  
gloria y metería gran bulla y vendería gran copia de ejem-  
plares."

El comentario de *K. Lendas* pecaba a su vez  
de agrio y disparado, demostrativo del encono  
con que se mordían los adversarios de aquellas  
contendidas inolvidables.

Un periódico neoyorkino, "*El Cronista*", órga-  
no de la colonia española, lo secundaba comentando  
los sucesos en esta forma:

"No hay duda de que el *Herald* ha hecho todo lo hu-  
manamente posible para que un corresponsal suyo haya  
sido fusilado en Cuba por las autoridades españolas, para  
tener así la gloria de contar con un mártir, ¡un mártir  
del *Herald*! ¡Cuántos sacrificios para esa peripatética y  
emboscada República de Cuba, que parece tan difícil de  
encontrar por O'Kelly como la piedra filosofal por los  
antiguos!"

Los comentarios de la prensa integrista eran

los usuales: desprecio, indignación y jactancia en-  
cubridora de impotencia orgullosa.

El *Diario de la Marina* llegó hasta evocar  
en su editorial la amistad de los irlandeses hacia  
España:

"Los irlandeses a fines del siglo XVII eran muy amigos  
de los españoles, como que de ellos lo esperaban todo; y es-  
ta amistad ha continuado siendo buena. *Una golondri-  
na no hace verano*, y la golondrina Mr. O'Kelly no hará que  
la generalidad del pueblo irlandés dude de la caballerosidad  
del pueblo español de nuestros días" (1).

Importa aquí dar el debido valor a esta apro-  
ximación histórica entre irlandeses y españoles,  
pues se corre el riesgo de sobrevalorarla y caer  
entonces en la creencia de que la adhesión de Ja-  
mes J. O'Kelly a los ideales separatistas de los  
cubanos fué una herejía inaudita, sin otro valor  
ideológico que el de un simple episodio aventure-  
ro de un portanuevas extravagante y romántico.

Con un poco más de erudición histórica hasta  
pudo haberse recordado que Irlanda y España  
(*Hibernia* e *Iberia*) fueron un tiempo el dominio  
de una misma raza, la de los iberos.

Verdad fué la amistad de españoles e irlande-  
ses en el siglo XVII y aun hasta el siglo XIX. Stephen  
Gwynn acaba de manifestar que ningún país en-  
tendió nunca a Irlanda como España. "Su aris-  
tocracia católica comprendió y auxilió siempre a  
la irlandesa, reconociéndole sus preeminencias so-  
ciales y militares". Hace pocas semanas aun que

(1) 8 de mayo de 1873. "El comisionado del *Herald*".

el Marqués de Merry del Val dijo una conferencia en Caxton Hall, Westminster, bajo los auspicios de la *Irish Literary Society*, con el título de "Los regimientos irlandeses en España". "Hace un siglo, cuatrocientos apellidos irlandeses se encontraban arraigados en España, y aun se encuentran no pocos de ellos". En su política han figurado en posiciones culminantes los nombres de O'Donnell y Prendergast.

Es cierto que España mantuvo en su ejército, durante largo período de su historia, cuatro regimientos formados por sólo irlandeses, con trajes peculiares y propia oficialidad. Pero no fué solamente España la que tuvo mercenarios de Irlanda. Francia contaba con una brigada entera. Y si la milicia española contó con generales irlandeses, como O'Donnell, O'Farrill, O'Reilly, O'Neill, O'Hara, O'Mahony, O'Ryan y algún otro; también la tropa de Austria tuvo varios generales de Irlanda; y Rusia contó con dos mariscales irlandeses, y con otros tantos Francia.

Ello debióse más que a una amistad con España a una aproximación con todos los enemigos inveterados de la protestante Inglaterra, la dominadora de la católica Irlanda. Las emigraciones de irlandeses fueron entonces crecidas, y los aristócratas de Irlanda hallaron acogida en las cortes católicas del continente europeo (1).

Eso fué motivo de la llegada a Cuba de no-

(1) THOMAS A. EMMET. *Irish Emigrations during the XVII and XVIII centuries*. "Journal of the American Irish Historical Society". Nueva York. Vol. II. 1899.

bles y militares irlandeses al servicio de España, como el célebre general Alejandro O'Reilly y el general O'Farrill, troncos de alcorniadas familias cubanas.

Del general O'Reilly fué muy amigo el potentado irlandés Oliver Pollock, quien residió en la Habana de 1762 a 1765, y fué después proveedor y banquero de los ejércitos españoles en Norteamérica, los de O'Reilly y más tarde de Gálvez, en contra de los ingleses. Por entonces fué también un irlandés rector de los jesuitas de Belén en la Habana, el P. Butler (1).

Pero la emigración de irlandeses por la vía de la recluta militar al extranjero continuó en el siglo XVIII y en el XIX, y la libertad de América tuvo siempre soldados hijos de Irlanda que le ofrendaron sus vidas.

No tenemos por qué referirnos con detalle a la intensa colaboración de los irlandeses en la rebelión separatista de los Estados Unidos contra Inglaterra (2).

(1) Este apellido *Butler*, que significa "despensero" o "repostero" en inglés, demuestra lo difícil que se hace investigar la ascendencia irlandesa de un apellido, pues no sólo son de Irlanda los conocidos en los prefijos *Mc* u *O'*, ya que los irlandeses desde el siglo XV tuvieron que perder sus apellidos y trocarlos por otros británicos, o britanizarlos, por ley de Eduardo IV, de modo que muchas familias irlandesas han venido disimulando forzosamente su prosapia hibernica. Según SPENSER, *View of the State of Ireland*. 1855.

(2) Puede estudiarse esa participación, y el ulterior arraigo de los irlandeses en los Estados Unidos, en los siguientes libros de interés: JAMES HALTIGAN. *The Irish in the American Revolution and their influence in the Colonies*. Washington, 1908. (Sigue)

Los ejércitos separatistas de Sudamérica contra España, desde el inicio de la rebeldía, el año 1810 en Bogotá, hasta su término el año 1824 en Ayacucho, contaron numerosos soldados irlandeses con regimientos completos (1). Cuando las guerras de las colonias de la América austral, acaudilladas por Bolívar contra su metrópoli, Inglaterra repagó a España la enemiga que ésta le sostuvo cuando ayudó a los colonos rebeldes de la América boreal, capitaneados por Wáshington contra el dominio británico, y envió a los patriotas sudamericanos toda clase de refuerzos bélicos. En Dublín se hicieron tan públicamente las reclutas irlandesas, que tuvieron un eco en el Parlamento. La esposa del patriota Daniel O'Connell cosió y regaló a los voluntarios expedicionarios de Irlanda, contra España y en favor de la libertad de la América del Sur, la bandera tricolor que ondearían en los Andes. Y el austero O'Connell

THOMAS H. MAGINNISS. *The Irish Contributions to American Independence*. Filadelfia, 1913.

JOHN F. MAGUIRE. *The Irish in America*. Londres, 1868.  
ED. O'MEAGHER CONDON. *The Irish race in America*. Nueva York, s. a.

MICHEL J. O'BRIEN. *The Irish in the United States*. Washington, 1914.

(1) Aun cuando se ha dicho que los soldados extranjeros en Bolivia llegaron a 6,000, acaso jamás se contaron más de 1.200 a la vez. Para este tema, así como para una extensa información, véase el muy erudito y reciente libro de ALFRED HASBROUCK. *Foreign Legionnaires in the liberation of Spanish South American*, Nueva York, 1928. También puede aprovecharse el folleto de ANGEL MARIA GALÁN. *Las Legiones británica e irlandesa*. Bogotá, 1919. Y el reciente artículo de W. J. WILLIAMS. *Bolívar and his Irish legionaries* "Studies: Irish Quarterly Review". 1929, pág. 619.

envió a Bolívar uno de sus hijos, como "su mejor ofrenda a la causa de América Libre" (1).

En las guerras, el corneta irlandés Daniel Florence O'Leary fué luego general e íntimo y ayudante de Bolívar y de su estado mayor, habiendo dejado unas memorias acerca de la personalidad bolivariana que llenan 29 volúmenes (2). Fué el Lafayette de Sudamérica.

El general Francis Burdett O'Connor fué el jefe del estado mayor del triunfante Sucre en la batalla decisiva de Ayacucho (3), y las memorias de este otro irlandés dan curiosos detalles de los grandes libertadores.

También se conocen como nativos irlandeses los libertadores generales Sandes, el jefe militar de los batallones rifleros, quien ordenó el cuadro en Carabobo; Wright, héroe de la marina y del ejército; el coronel Fergusson, ayudante de Bolívar, a quien salvó la vida en 1828, al huir éste de los asesinos conjurados; el médico de Bolívar, doctor Foley, y otros muchos connotados milites de la liberación sudamericana.

John D'Evereux, revolucionario irlandés de

(1) ENRIQUE NARANJO MARTÍNEZ. *Irish Participation in Bolívar's Campaigns*. Washington, 1925.

(2) Fueron traducidas al español por su hijo, llamado Simón Bolívar O'Leary, y publicadas en Caracas, 1878-88, como *Memorias del general O'Leary*.

Modernamente se están reimprimiendo tomos sueltos en Madrid, *Bolívar y la emancipación de Sur América* (1915); *Bolívar y las repúblicas del sur* (1919), etc., hasta *Ultimos años de la vida pública de Simón Bolívar*.

(3) F. B. O'CONNOR. *Independencia Americana. Recuerdos de F. B. O'Connor*, etc. Madrid (s. a.)

1798 contra Inglaterra, hecho general por Bolívar, reclutó en Dublín, Liverpool y Londres más de 2,000 soldados para una *Legión irlandesa* de lanceros y fusileros de los ejércitos bolivarianos, y si bien aquel improvisado general jamás estuvo en combate al frente de su legión, sí fueron bravos y eficaces los soldados de Erín que él alistó en sus banderas.

En la formación de la Argentina también figuraron no escasos irlandeses (1). El general O'Brien, con otros compatriotas, se halló con San Martín, y fué libertador de Chile y del Perú; y el almirante Brown, también de Erín, fué el fundador de la marina en el Plata.

De Chile recuérdense al irlandés general Ambrosio O'Higgins, que fué virrey del país, y padre natural del dictador chileno Bernardo O'Higgins; y el apellido Mackenna...

Ahora que el estado libre de Irlanda ha nombrado una comisión histórica para recoger los datos biográficos de los irlandeses ilustres en todo el mundo, podrá en nuestra América obtener abundante cosecha. Véase, pues, como no era cosa insólita y contraria a las tradiciones irlandesas la ideología de James J. O'Kelly. Los nobles de Irlanda fueron amigos de España, pero no pocos de éstos, y sobre todo los de roja sangre, simpatizaron en todas las ocasiones con los separatistas de América contra España. Seguramente,

(1) THOMAS MURRY. *The Story of the Irish in Argentine*. Nueva York, 1919.

que sin animosidad malévoa contra esta nación, sino por concordar sus cordiales anhelos de patriotas con todos los nacionalismos libertadores.

Los irlandeses entonces pensaban también en su libertad, e Inglaterra era su España. Y O'Kelly era un *mambí* del separatismo antibritánico.

No obstante la común prosa farfantonada y pugnaz que entonces nutría la prensa de estos países, no se perdía del todo el buen juicio, que asomaba a hurtadillas. Un corresponsal español, *K. Lendas*, pensaba de todo ello con la filosofía pragmática de un buen Sancho castellano:

"Preciso es confesar que la prisión de O'Kelly a nada bueno puede conducir, porque cualquiera que sea la sentencia de la causa, no impedirá que el *Herald* y los demás periódicos de su ralea se desaten en denuestos contra nosotros, sin pararse en consideraciones ni en pelillos."

La alarma en los Estados Unidos era creciente y allí fué el caso de O'Kelly un tema de ardorosa actualidad.

La resistencia del capitán general a dar informes era apreciada con justicia por la prensa norteamericana: "Ella demuestra la debilidad de su gobierno. El secreto de la prensa sólo es deseable por los gobiernos ilegales o manchados por la injusticia".

Los separatistas emigrados atizaban la hoguera, como era natural. Por ese tiempo se fundó en Nueva York un nuevo centro de conspiradores cubanos, que a imitación de la Sociedad de Amigos del País, de la Habana, fué titulada

"Sociedad de Amigos de Cuba". Esta agrupación se debió a los emigrados aldamistas que tan activos andaban entonces con motivo de las discordias que perturbaron la tarea de la refacción revolucionaria (1). De ese grupo fué dirigido al Presidente de los Estados Unidos un llamamiento protestando del arresto de O'Kelly por los españoles.

La protesta de los *Amigos de Cuba* al presidente Grant, acerca del "caso" O'Kelly, debe ser reproducida aquí por estar hoy olvidada, y como documento característico de la época. Decía así:

*A Su Excelencia el Presidente de los Estados Unidos:*

Se acaban de recibir noticias de Cuba, según las cuales el Sr. James J. O'Kelly, el comisionado enviado por el *Herald* para obtener datos concernientes a la guerra que tiene lugar en dicha isla, ha sido arrestado por las autoridades españolas y se halla sujeto a las decisiones de un consejo de guerra. Tales noticias produjeron como es natural una muy fundada alarma entre los cubanos residentes en este país. Conocen el espíritu que anima a los españoles en Cuba y temen por la vida de un ciudadano americano, quien, imbuido del espíritu libre de este gran pueblo, aceptó la misión de estudiar e investigar y comunicar al mundo, por medio de la prensa, los hechos concernientes a esta guerra, que desde hace cuatro años viene sosteniendo la libertad contra el despotismo.

Los ciudadanos de Cuba no tienen parte alguna en la misión encomendada a Mr. O'Kelly, pero cuando un hombre de corazón valiente, representando a uno de los grandes diarios de esta ciudad, emprendió la penosa y peligrosa la-

(1) ELADIO AGUILERA. *Francisco V. Aguilera y la Revolución de Cuba en 1868. Habana 1909.* Eran los principales: Hilario Cisneros, L. del Monte, Bramosio, general Juan Díaz de Villegas, F. Arteaga, Vicente Maestre, etc. Miguel Aldama rehusó el nombramiento de presidente de dicha sociedad.

bor antes aludida, necesariamente han de sentir el más profundo interés en su propósito y en su seguridad. Desde un principio tienen la convicción de que el resultado de las investigaciones les será favorable; que el testimonio de un testigo imparcial pondrá de manifiesto los recursos morales y físicos de los nativos de la Isla, que les dan derecho a llegar a ser independientes de la nación española.

Esta nación jamás les ha reconocido el derecho a intervenir en sus propios asuntos. Les ha gobernado férreamente con los más egoístas propósitos y sin vacilar ha cometido los más flagrantes actos de injusticia. Todo mejoramiento ha sido excluido de un pueblo llamado a sentir y apreciar la regeneradora influencia de la libertad, debido a su proximidad a esta gran república y su consecuente superioridad sobre sus opresores.

El mundo estará entonces en condiciones de saber y comprender que en aquella Isla hay ahora organizado y establecido un gobierno republicano con una constitución de no igualada amplitud y libertad. Se ofrecerán pruebas irrefutables, mostrando la existencia de ejércitos que están luchando y que, en igualdad de condiciones, pueden enfrentarse con las más experimentadas tropas del gobierno español; y, sobre todo, lo que es más importante, el mundo se convencerá que la determinación e inalterable resolución de Cuba, es ser libre e independiente.

Es evidente que en todos estos asuntos los intereses de Cuba y España son diametralmente opuestos y que las autoridades españolas en la Isla harán cuanto esté de su parte para silenciar la voz de Mr. O'Kelly, y apoderarse de todas las notas, pruebas y apuntes que debe haber acumulado; y como el método más expeditivo y familiar que ellas usan, en tales casos, es la aplicación de una sumarisísima pena capital, no sería de extrañar que, al amparo de pretendidas formas legales, empleadas con el mero propósito de salvar las apariencias, recurrieran a tal método en el presente caso.

Nadie debe maravillarse si la primera noticia que nos llegue nos entera de que Mr. O'Kelly ha desaparecido de este mundo, víctima de la crueldad española y de la política de Estado.

En circunstancias tan urgentes, permítanos, señor Presidente, como miembros del Comité Director de la "Sociedad de Amigos de Cuba", hacer llegar hasta usted, Primer Magistrado de este gran pueblo, nuestra débil voz, y respetuosamente pedir su intervención en favor de un hombre que está ahora en gran peligro, y cuya única ofensa consiste en que, habiendo sido educado y acostumbrado a la práctica de las instituciones republicanas, se ha propuesto exponer ante el mundo, después de una investigación personal y de obtener

pruebas positivas, la actual condición de la situación en Cuba.

Sabemos bien, señor, que siendo Mr. O'Kelly un ciudadano americano, que lleva a cabo una labor de carácter eminentemente americano, el gobierno al cual pertenece no necesita se le estimule en seguir el camino que las exigencias del caso tan imperativamente señalan. Estamos plenamente convencidos de ello, y no podemos permanecer silenciosos, aun cuando nuestro llamamiento resultara innecesario y no solicitado. Pero deseamos, cuando menos, adelantar alguna prueba de nuestra gratitud al hombre que, por la mera exhibición de la simple verdad, contribuirá esencialmente, de una manera pronta y efectiva, a detener esta terrible efusión de sangre y poner fin a las angustias y sufrimientos que han acompañado a las luchas de un pueblo vecino en su aspiración por la libertad.

J. G. D. de Villegas, presidente.  
Francisco Arteaga, tesorero.  
Hilario Cisneros.  
Vicente Mestre.  
Vicente Bueno.  
Juan José Díaz.  
Pedro M. Rivero, secretario.

El vicepresidente de Cuba libre, general Francisco V. Aguilera, recién llegado de París, fué interrogado sobre el posible desarrollo de los sucesos en cuanto a la prisión de O'Kelly. Estuvo explícito y confiado:

"La mayoría de los cubanos en Nueva York creen que O'Kelly será fusilado. Yo no lo creo. Creo que él no habrá cometido la imprudencia de transportar despachos escritos de los patriotas cubanos a través de las líneas españolas. El objetivo de los españoles es el de "ganar tiempo" y obstruir las noticias periodísticas que pueda proporcionar O'Kelly, haciéndolas atrasadas. Aguilera refirió entonces el caso de un tal Mr. Phelps, un inglés que había sido maquinista de su ingenio, el cual fué hecho prisionero en Manzanillo a poco de iniciarse la revolución. En seguida, a petición del vicecónsul inglés, se presentó un buque de guerra británico enviado desde Jamaica para rescatarlo. El ca-

pitán de la fragata inglesa *Semiramis* escribió al general Ampudia, jefe de Manzanillo, que dado el estado insalubre de este puerto, no podía esperar más allá de las dos de la tarde para que le fuera entregado el súbdito inglés y que si a esa hora éste no se hallaba a bordo, bombardearía la ciudad. La conminación produjo el efecto deseado y Mr. Phelps fué puesto en libertad. ¿Por qué el gobierno de los Estados Unidos no hace igual en protección de un periodista de su prensa? Su política de paz a toda costa es indigna de la grandeza americana.

Los españoles saben que O'Kelly es un valioso periodista que escribirá lo que sepa y haya visto acerca de *Cuba libre*, y esto es *lo que le duele*, temerosos de que el mundo sea enterado de los procedimientos inhumanos que ellos usan para hacer la guerra. Pero a O'Kelly nada le ocurrirá, pues los españoles temen las represalias que adoptarían las potencias que están detrás del gallardo periodista."

Los cubanos, que eran interrogados por los *reporters* del *Herald*, unánimemente creían que O'Kelly no sería fusilado, pues, dada su representación, España no incurriría en ese error (1).

El *New York Herald* y casi todos sus colegas dispararon andanada tras andanada contra el despotismo español en Cuba, salvo algunos rivales de aquel gran diario. Uno de éstos hasta comentó el hecho diciendo que O'Kelly debía ser dejado a su suerte por haberse metido donde no debía. Pero, por lo general, la prensa norteamericana amenazaba a España con el reconocimiento de la beligerancia de los mambises si O'Kelly era maltratado. El *New York Herald* pedía la independencia de Cuba. "La muerte de O'Kelly sería el fin de la dominación de España en América." El *New York Herald* había sido y conti-

(1) Véase bien claro, en la información del *Herald* del 8 de abril.

nuó siendo un buen auxiliar de la causa separatista, pero jamás su indignación había llegado a ese punto. El peligro de muerte de un redactor pesaba ahora en el ánimo del editorialista más que la prolongada tortura de todo un pueblo en el ansia de su libertad.

Al comentar la carta de O'Kelly en su artículo de fondo, decía el *Herald*:

"Ella proporciona a los gobiernos y a los pueblos de los Estados Unidos y de Europa los informes que por tanto tiempo han deseado y no han podido obtener. Por ella verán el verdadero estado de la insurrección, su debilidad y su fuerza; los sufrimientos, la desnudez, la escasez de armas y municiones, el gobierno errante, vagando por las montañas y ocultándose en la espesura de los bosques; la sufrida resignación de aquellos hombres en medio de estas pruebas y privaciones, con la que demuestran su devoción a la causa de Cuba libre y su determinación de llevar adelante la desesperada lucha por la independencia."

Más abajo decía:

"Si abogamos por la independencia de Cuba, lo hacemos fundados en el vasto principio de libertad y humanidad; pero si los cubanos son indignos de ser independientes, o si la lucha, por digna que sea, es desesperada, el *Herald* lo proclamará así al mundo entero y abogará por la terminación de esa contienda cruel y destructora."

El *New York Herald* planteó la base ideológica del derecho de intervención, como se hizo tantas veces y había de hacerse con mayor eficacia en 1898:

"Es evidente que el gobierno americano está en el deber de intervenir para poner fin a una guerra bárbara sostenida en las mismas puertas de los Estados Unidos, y peleada en modo peligroso para la vida de los ciudadanos norteamericanos, impropia de un pueblo civilizado y destructora de intereses de los Estados Unidos."

La tesis del *Herald* revestía de una inviolable inmunidad, aun más que diplomática, a su corresponsal en *Cuba libre*: "O'Kelly era un embajador de la verdad, nombrado por la prensa independiente del mundo con credenciales que ningún emperador podría firmarlas de tal valía". Al *New York Herald* en otra ocasión llegó a ocurrírsele que O'Kelly podía ser un personaje providencialmente llamado a intervenir en la contienda enconada entre cubanos y españoles, proponiendo con ingenuidad a unos y otros que se le dejara actuar libremente para gestionar la celebración de un plebiscito mediante el cual los habitantes de Cuba decidieran cuál debía ser la forma de gobierno que había de prevalecer en dicho país, si la española colonial o la cubana como república (1).

El diario neoyorkino *The Sun*, rival del *New York Herald*, decía rotundamente lo que va a renglón seguido:

"Durante los últimos días se disparató en grande acerca de Mr. O'Kelly, que fué a Cuba como corresponsal del *Herald*. Estando dentro las líneas españolas del departamento oriental, pidió al comandante de las fuerzas permiso para avistarse con los insurgentes, lo cual le fué, por supuesto, negado como debía ser, por cuanto ningún general en el mundo está facultado para dar semejante permiso. Durante nuestra guerra le fué negado a muchos que tenían iguales motivos que O'Kelly, sin que por eso se quejase nadie. Cuando el corresponsal vió que no podía llegar al campamento de los insurrectos con el consentimiento del comandante español, emprendió la jornada por su propia cuenta; y aunque los españoles le dijeron que si lo capturaban después de visitar a los insurgentes estaba expuesto a ser fusilado, aceptó el riesgo y fué. Ahora ha sido captu-

(1) Editorial del *Herald*, 19 marzo 1873.

rado, y los españoles están considerando lo que han de hacer con él. No es probable que lleven a cabo su amenaza; pero si la ejecutan, tienen un perfecto derecho para hacerlo. Si lo fusilan o lo ahorcan, ni los Estados Unidos ni el gobierno inglés, del cual es súbdito, tienen motivo para quejarse."

Pero este argumento era en realidad favorable a O'Kelly, pues demostraba su más extrema audacia: la ejecución de un servicio periodístico, puramente periodístico, realizado con real peligro de muerte.

Sin embargo, otros periódicos como el *Daily Graphic* (10 abril 1873), aun cuando poco amigo de su colega el *New York Herald*, pintaba a O'Kelly como un héroe de leyenda, un bello caballero del periodismo.

"El es notablemente buen mozo, con sus mejillas encendidas de carmín y una aguda mirada en sus ojos, inconfundiblemente celta. Su figura es bien proporcionada, aunque algo proclive quizás a la gordura. Es un compañero deleitoso, muy animado y culto, y joven de gran valor y audacia personal. Además, O'Kelly es un verdadero artista, vástago de una familia consagrada al arte."

Sólo el hispanófilo periódico francés de Nueva York, *Courrier des Etats Unis*, calmaba los ánimos, pero reconocía (8 abril 1873) que O'Kelly era un joven e inteligente periodista, amigo del arte, y, sobre todo, un encantador caballero, siempre de muy buen humor y alegre talante, "que pronto regresará a Nueva York con la gloria de haber corrido una aventura semiheroica". La actitud ponderada del periódico francés irritaba también a la prensa cisfretana, defensora incondicional del absolutismo.

El éxito de O'Kelly fué todavía más clamoroso al descubrirse que la entrevista con Céspedes relatada por el corresponsal que precedió a O'Kelly en Cuba, Henderson, había sido una estafa al público. Henderson, sin duda, llegó a hablar con Ignacio Agramonte y los mambises camagüeyanos, pero no con Carlos Manuel de Céspedes, quien le escribió a James Gordon Bennett que su corresponsal se había ido de Cuba precipitadamente, temiendo a los voluntarios del coloniaje, cuando le dijeron que éstos habían matado a un infeliz por sólo llevar una corbata azul, emblemática de *Cuba libre*. El mismo *New York Herald* lo comunicó a sus lectores, para rehabilitar su crédito y realzar aún más su éxito con O'Kelly. El *Herald* dijo:

"Mr. Henderson hizo bastante sin recurrir al fraude; pero ansioso de hacer aparecer más completo su éxito, faltó a su honor y espetó al público una historia falsa por medio de nuestras columnas. Esto es todo lo que podemos decir en su disculpa, y sirva de aviso a todos los corresponsales para que sepan que nunca permitiremos que se utilicen nuestras columnas para dar al público noticias falsas. La conducta deshonrosa de nuestro primer comisionado sólo sirve para dar más valor a los informes que hoy recibimos de *Cuba libre*."

La gestión defensiva en pro del rescate de O'Kelly correspondía primordialmente al gobierno inglés; pero es verosímil que las autoridades inglesas no tuvieran en el caso de O'Kelly muchos deseos de mostrarse enérgicas. Un periodista español reflejaba este aspecto personal diciendo:

"James O'Kelly nació en Galway, Irlanda, el año de 1840; pero, como tengo entendido, es partidario de la sepa-



ración de Irlanda, y en lugar de servir a S. M. B. fué a alistarse con las tropas francesas en Méjico en tiempo de Maximiliano. No es, pues, probable que el gobierno británico se dé mucha prisa en reclamarlo" (1).

Quizás por esta causa, el cónsul inglés no demostró a Mr. Miller interés ninguno por la libertad de O'Kelly. Según aquél refiere, le dijo: "O'Kelly metió sus manos donde no debía; más aun, metió toda su cabeza, toda, y debe atenerse a los resultados" (2).

Es posible, también, que al Departamento de Estado de Wáshington le molestaran entonces las andanzas de O'Kelly, pues no estaba en sus planes de aquellos tiempos tener en Cuba problemas arduos y que emocionaban a la opinión popular de su pueblo, actitud que compartían algunos periódicos neoyorkinos, poco gustosos, además, de favorecer la popularidad del corresponsal del *New York Herald*. Por esto observaba con tino el mordaz K. Lendas en el *Diario de la Marina* (3) lo siguiente:

"Que algunos periódicos se ocupen de la materia, es natural, pues con algo han de llenar sus columnas; pero no todos lo hacen en sentido favorable al *Herald* o a su comisionado, y entre los que muestran un poco de sentido común pudiera citar el *Evening Express*, que después de satirizar la comisión de O'Kelly, acaba por decirle que "no se meta en un pozo quien no sepa salir de él"; como también el *New York Times*, el cual en su correspondencia de Wáshington, que suele estar inspirada en el Departamento de Estado, dijo el otro día lo que sigue: *Un gran anuncio echado a*

(1) K. LENDAS. *Diario de la Marina* del 22 de abril de 1873, pág. 3.<sup>a</sup>, col. 1.<sup>a</sup>

(2) *Herald*, 7 de junio.

(3) *Loc. cit.*

*perder*.— El bonito plan del *Herald* de Nueva York de enviar un corresponsal a Cuba con objeto de crearse conflictos y después, si posible fuese, enredar a este gobierno con el de España respecto a su soltura, ha tenido un fracaso mayúsculo. Precisamente cuando con más vehemencia se reclama la égida protectora de los Estados Unidos, nuestras crueles autoridades hacen el descubrimiento de la persona para quien se invoca no es ciudadano americano y por lo tanto no tiene derecho a la tal protección. Todos los periódicos que envíen comisionados de este jaez debieran tomar nota de esta circunstancia y naturalizar de antemano a sus corresponsales."

Pero, al fin, las autoridades de los Estados Unidos tomaron cartas en el asunto.

Un hermano de O'Kelly, que éste tenía en el Estado de Connecticut, telegrafió a Mr. Fish, Secretario de Estado, y a Mr. Thornton, ministro de S. M. B. en Wáshington, para que intercediesen por James J. O'Kelly. Las respuestas de ambos funcionarios fueron como siguen.

"Mr. Stephen J. O'Kelly, Stanford, Connecticut.—He telegrafiado al Cónsul General de los Estados Unidos en la Habana Mr. A. T. A. Torbert, manifestándole que, en virtud de ser James J. O'Kelly súbdito inglés no puede este gobierno intervenir oficialmente; pero que se apersona con el Cónsul de S. M. B., y sea de mancomún o separadamente, usen sus buenos oficios para que las autoridades permitan que la causa de James J. O'Kelly se vea en la Habana, manifestando la esperanza de que lo traten con misericordia.  
Hamilton Fish. Secretario de Estado."

"Stephen J. O'Kelly, Hartford, Connecticut.—Mr. Dunlop. Cónsul general de la Gran Bretaña en la Habana, es el agente de S. M. B. en Cuba. Yo no tengo sobre él, ni en Cuba, ninguna autoridad.

Edward Thornton.

El vicepresidente de los Estados Unidos, Mr. Wilson, también hizo declaraciones sobre el ca-

so O'Kelly, "inspiradas por un verdadero americanismo y admirativas del valor de O'Kelly".

El *Herald* aprovechaba la proclamación del régimen republicano en España, para invocar la idealidad liberal: "La República Española no tiene razón ninguna de existir si absurdamente se declara libertadora de su país en Europa y tiránica de sus colonias en América".

Hasta se llegó a insinuar por Francisco V. Aguilera, que, según los españoles rumoraban, Mr. Pickles, el ministro de los Estados Unidos en Madrid, era demasiado amigo de Castelar y de los republicanos españoles, que a la razón gobernaban en Madrid, para que se ocupara con la necesaria presión del rescate de O'Kelly (1); pero los hechos demostraron precisamente lo contrario.

El *New York Herald* hizo creer, al fin, que el general Ceballos había sido relevado por el gobierno de la República Española, a causa de su desacierto en el caso O'Kelly, y así lo repitió ingenuamente *La Constancia* de la Habana, el 9 de abril de 1873, en una correspondencia desde Nueva York. Cierta fué que a fines de ese mes cesaba en su mando y salía para España el general Ceballos, substituido por la República Española con el general Pieltain. Esto contribuyó a dar más resonancia en Cuba al "caso" O'Kelly. Sin duda, Emilio Castelar defendió la libertad del periodista, como éste reconoce en su crónica; y Henri Rochefort, en sus

(1) *The New York Herald*, 27 de marzo de 1873.

memorias autobiográficas, piensa que la proclamación de la República en España fué la circunstancia que salvó a O'Kelly.

Sea de ello lo que fuere, es lo cierto que en mayo de 1873, el general Sickles, ministro de los E. U. en Madrid, comunicó a su Presidente que el gobierno republicano de España había dado la orden al capitán general de Cuba de trasladar a O'Kelly a la Península bajo partida de registro. Esto era substrarlo a la jurisdicción de las autoridades militares de Cuba, acentuar la internacionalidad del caso, y, en definitiva, sobreeser la controversia devolviendo la libertad al arrestado corresponsal.

\* \* \*

O'Kelly fué llevado de Manzanillo al Morro de Santiago de Cuba; de allí embarcó en el vapor *Villaclara*, destinado a los calabozos de la fortaleza de la Cabaña en la Habana (1), y de esta capital salió para Santander en el vapor *Antonio López* el día 30 de mayo. Llegado aquél a España fué recluido en el penal de Santoña, donde permaneció hasta que se le dió la libertad provisional bajo palabra de no escapar y presentarse a las autoridades de Madrid.

Allí se fué O'Kelly, donde Mr. Sickles le ofre-

(1) En la Cabaña lo visitó el corresponsal F. F. MILLER, también del *Herald*, por la mediación del hoy anciano y siempre cubano MR. SPRINGER, que ya entonces, (25 de mayo de 1873) era funcionario del Consulado de los Estados Unidos, como lo es todavía hoy, ¡después de 57 años!

ció apremiar sus gestiones liberatorias. Pero la libertad definitiva le vino al irlandés de manera inesperada. Cuéntase (1) que Emilio Castelar, presidente de la República Española, y Francisco Pi y Margall, ministro de Gobernación, eran ambos amigos de Irlanda y estaban decididos a salvar a O'Kelly. Un día, Castelar le envió un confidente quien le dijo en secreto a O'Kelly: "El presidente de la República sabe que Pavía, el capitán general de Madrid, está decidido a dar un golpe de Estado y derrocar la república y el gobierno no puede impedirlo. Vengo a decírselo. Temiendo que si los realistas restauran la monarquía usted sea condenado duramente, se le avisa que prepare en seguida su equipaje y obtenga que el ministro americano lo acompañe al Ministerio de Gobernación para hacer constar que usted O'Kelly, ha retirado su palabra de honor de no huir y se entrega a la disposición de la autoridad". Así lo hizo O'Kelly, aunque Mr. Sickles fué a regañadientes, ignorando el secreto, y cuando el periodista le manifestó a Pi y Margall su resolución de entregarse preso de nuevo y de huir si podía, el ministro hábilmente le dijo: "No puedo obligarlo a que cambie de opinión y usted sabrá lo que le conviene bajo su responsabilidad. Sírvase regresar a su hotel y cuando la autoridad lo necesite se le avisará".

Sickles abrió sus ojos con asombro. O'Kelly,

(1) *The Gaelic American*. Nueva York, 30 de diciembre de 1916, pág. 7, col. 3.

ya sin palabra honorable que lo atara, tomó el primer tren para Gibraltar. Al día siguiente, moría la República por una de tantas violencias pretorianistas de la historia política de España y de sus hijas, en esto fidelísimas.

Bien claro queda, pues, que James J. O'Kelly no fué condenado a muerte como espía, como hubo de correrse y aun hoy se dice en un breve diccionario irlandés. Sin duda, ese rumor, que no dejaba de ser verosímil, contribuyó a la romántica nombradía del atrevido corresponsal, cuya aventura en la *tierra del mambí* constituyó uno de los episodios pintorescos de la guerra decenal. El más informado historiador español de la misma (1) reconoció la correcta actitud del periodista irlandés y dió un extracto de su crónica en uno de sus capítulos.

La sensación de las aventuras de O'Kelly se continuó en otra peripecia del corresponsal del *New York Herald* en la Habana, Mr. Price, que tan activo había estado con motivo de lo ocurrido a su colega.

K. Lendas se lo comunicaba a su diario habanero:

La fortuna favorece al *Herald*. Ya la sensación de O'Kelly principiaba a decaer: no había asunto ninguno ruidoso que le diese pretexto para descargar una de sus tronadas, cuando cata ahí que se le ofrece muy oportuna la noticia del arresto de su corresponsal en la Habana, Mr. Leopoldo A. Price.

"Además del telegrama de la Prensa Asociada, le ha co-

(1) ANTONIO PIRALA. *Anales de la guerra de Cuba*. Madrid, 1896. T. 2º, pág. 548-554.

municado directamente la noticia el cónsul general de los Estados Unidos en la Habana, añadiendo que ignora los motivos del arresto. Estos dos telegramas y otro que ha recibido de Washington sobre el mismo asunto los coloca el *Herald* en una columna bajo el epígrafe de "*Guerra contra el Herald*", y después, en un artículo de fondo, para el golpe haciendo la guerra a España. Son ya tan conocidos el estilo fanfarrón y los argumentos descabellados del *Herald* en todos los asuntos, que hace innecesario dar una idea de la tempestad que el joven periodista descarga sobre nuestra cabeza. Si encuentra motivo, o al menos pretexto, para ello, tal vez no sea enteramente suya la culpa. He dicho que la fortuna le favorece, y de tal modo es así, que la gente le da precisamente los pretextos que necesita.

De Washington le dicen al *Herald* que el gobierno, en contestación al telegrama de Mr. Torbert, le ha encargado que no pierda tiempo en obtener la soltura de Mr. Price y que tenga al Departamento de Estado al corriente de lo que ocurra" (1).

Todavía dieron más que hacer a España los corresponsales que el *New York Herald* envió a Cuba por aquellos tiempos.

El 17 de abril un nuevo corresponsal de guerra del *New York Herald* se presentó en el cuartel general de Carlos Manuel de Céspedes. En una correspondencia al *Diario de la Marina*, fechada el 10 de junio de 1873, así lo refería K. Lendas:

"Otra vez me veo en el imprescindible cuanto desagradable deber de ocuparme del *Herald* y de sus comisionados. Sin decir "agua va", y sin preparar la sensibilidad nerviosa de sus lectores para recibir la gran sorpresa que les tenía preparada, nos regaló el sábado pasado en una página justa y cabal del periódico, una carta de su tercer comisionado, que tiene la gracia de llamarse J. J. Millen y de haber hecho precisamente y punto por punto lo que hicieron en esa trabajada isla los ya famosos emisarios Henderson y James J. O'Kelly. El enviado número 3 ha ido a Cuba, ha estado en el campamento insurrecto, ha visto a Céspedes, ha recogido cartas y mensajes del Presidente ambulante, ha regre-

(1) *Diario de la Marina*. 28 de mayo de 1873.

sado a Manzanillo, se ha presentado al gobernador, ha sido arrestado y encarcelado, ha pasado algunos días en el mismo calabozo del Fuerte Gerona que sirvió de albergue a O'Kelly, ha sido víctima de otro consejo verbal con la consiguiente intervención y protestas consulares, ha sido puesto en libertad por equivocación, ha regresado a la Habana, nos ha espetado la carta de que me ocupo, que está calcada sobre la de O'Kelly y se ha puesto en camino para Nueva York, adonde viene a juzgar a los vivos y a los muertos de esa malhadada insurrección, para completar así el trabajo que ha dejado pendiente la prisión de O'Kelly. ¡Miren ustedes qué previsión más descomunal tiene ese *Herald*! ¡Ir a calcular que la "tiranía española" había de cortar a O'Kelly el hilo del discurso y taponarle la boca a la mitad de la narración, y enviar al mismo tiempo otro comisionado secreto, un personaje mudo, un duplicado de emisario, para que, si el uno se perdía o se traspapelaba, el otro supliese su falta y no perdieran los lectores la relación de ordenanza! ¡Y que calladito se han tenido el *Herald* y el señor Millen este nuevo rasgo de actividad, de empresa y de táctica periodística! Lo que a mí se me figura en vista del poco ruido que ha metido el *Herald* antes y después de recibida la carta del señor Millen, es una de estas dos cosas: o que el tercer comisionado no está a la altura de sus antecesores y ha sido enviado puramente como suplente o sustituto (iba a decir como caballo de reserva), o que el *Herald* principia ya a cansarse de tanta farsa y tanta solemnísima mentira. Si no es ninguna de estas dos cosas, debemos convenir entonces en que el haber puesto en libertad a Mr. Millen por equivocación ha desbaratado el plan del *Herald*, que ha dado ahora por tener corresponsales mártires. De lo cual puede decirse que ha sido "acertar errando".

Pero a pesar de la poca importancia que tiene la carta del tercer comisionado y de ser una repetición de lo dicho por O'Kelly, hay en ella dos o tres conceptos que no deben pasar inadvertidos, y a ellos voy a referirme seguidamente en el mismo orden en que los encuentro. Al relatar su arresto en Manzanillo dice: "Yo esperaba que me registrarían en busca de papeles o documentos; pero ya me había preparado algunos días antes para este evento. Mis notas, cartas del presidente Céspedes y otros papeles estaban ya en camino por el ferrocarril subterráneo. Llegaron a Manzanillo por conducto más seguro que el mío. Del mismo modo llegaron a la Habana mis papeles con toda seguridad, y no volverán a mi poder hasta que me halle en alta mar, pasada la legua marítima y por lo tanto fuera de las aguas españolas. Adivinen los "*Dones*" (así nos llaman a los españoles) como se

ha hecho la cosa. Debo decir, sin embargo, en honor suyo, que no se hizo ningún registro ni se me pidieron los papeles".

Relata Mr. Millen una curiosa conversación que ocurrió en Santiago de Cuba entre Mr. Hippiisley, comandante del cañonero inglés *Plover*, y Mr. Ramsden, vicecónsul de S. M. B. Dijo el primero al segundo:

—Nada puede aquí la influencia inglesa. Usted y yo, Ramsden, debiéramos naturalizarnos y hacernos ciudadanos americanos.

—Así lo creo, dijo Ramsden.

—¡Si el pensarlo me da grima! Vea Usted ese tunante de Millen, puesto en libertad después de dos días de encarcelamiento, y esto que se le acusa del mismo delito que a O'Kelly, y a quien se trata con tanto rigor; y todo esto porque Millen acierta a ser ciudadano americano. ¡Esto es absurdo!"

Y a esto agrega Millen: "Los representantes ingleses en Cuba vieron con disgusto mi pronta soltura, porque en ello encontraban una prueba de la influencia de los Estados Unidos en la Isla y del temor que los españoles tienen al pueblo americano".

"Mr. Millen fué luego a la Habana en compañía de Mr. O'Kelly y allí encontró "otra víctima de la tiranía española", frase estereotipada que tienen a mano casi todos los cajistas para cuando se trata de las cosas de España. Esa víctima era Mr. Price, que no sabe qué delito ha cometido. Mr. Millen fué a interceder por O'Kelly ante Mr. Crawford, cónsul general interino de la Gran Bretaña, en ausencia de Mr. Dunlop. El resultado de la visita dejaré que lo relate el mismo Millen, para lo cual traduciré al pie de la letra sus palabras: "El cónsul general interino no pareció tener simpatía ni lástima por el prisionero. Dijo.—"Mr. O'Kelly se ha metido de narices en el asunto, más que de narices, de cabeza" (1).

\* \* \*

La aventura clamorosa de O'Kelly llegó a su fin sin otra peripecia. El irlandés cubanófilo fué puesto en libertad por los españoles y regresó a Nueva York, coronando su triunfo periodístico con

(1) *Diario de la Marina*, 18 de junio de 1873, pág. 3.ª, col. 1.

la crónica completa de su excursión a la *Tierra del Mambí*, primero en las columnas del *New York Herald* y después en edición aparte como libro.

La primera correspondencia de O'Kelly al *Herald*, fechada el 10 de mayo, se publicó el 16 de abril a páginas enteras, con un gran mapa de la región levantina de Cuba y negrfsimas titulares. Después fueron siguiendo las otras, de tarde en tarde. El presidente de la *peripatética* república cubana se sintió obligado a dirigirse a James Gordon Bennett por sus servicios a la revolución.

En una edición del 17 de junio, el *Herald* insertó una carta de Carlos Manuel de Céspedes, testimoniándole su gratitud por la misión a *Cuba libre* que aquel diario confió sucesivamente a Henderson, a O'Kelly y a Miller. "No le bastó al *Herald*, decía el caudillo cubano, explorar las selvas de Africa y rescatar a Livingstone allí donde el absolutismo mantiene en la barbarie a todo un continente; es necesario explorar también los misteriosos campos del Jardín de las Hespérides Americanas donde algunos hombres, más bárbaros que los reyezuelos de Africa, venden a los seres humanos en los barracones como animales" (1). Las correspondencias de O'Kelly eran inmediatamente extractadas y traducidas por "*La Independencia*", adalid de los cubanos separatistas en Nueva York.

(1) Esta carta de CÉSPEDES, fué publicada por el *Herald* con otra de FRANCISCO FURNARIS Y CÉSPEDES, secretario de la Cámara de Representantes de la República de Cuba, en sentido análogo.

La edición en inglés se titula: *The Mambi-Land, or Adventures of A Herald Correspondent in Cuba, by James J. O'Kelly*. (Philadelphia. J. B. Lippincott and Co. 1874. in 8°. 359 pgs.)

El libro tuvo mayor resonancia y permanente interés entre los cubanos y simpatizadores de Cuba libre, como lo justifican las cuatro ediciones sucesivas que se hicieron en lengua española.

En Nueva Orleans se estampó la primera traducción de esta obra, en 1876, hecha por Nicanor Trelles.

En 1887 apareció nuevamente publicada la obra de O'Kelly, traducida del inglés "expresamente para *El Cubano*" en este diario autonomista, que en la Habana dirigió Antonio Zambrana. La narración de O'Kelly se publicó en folletín, desde el 3 de mayo al 12 de octubre, seguida de dos breves episodios de la guerra de los diez años, titulados "La acción de las Guásimas" y "El rescate de un héroe".

Otra edición en castellano se hizo en Santa Clara, en 1887, traducida por el Ldo. Ricardo García Garófalo, y es la que nosotros utilizaremos en el presente volumen.

Y la cuarta se hizo en la Habana, aun cuando con falso pie de imprenta. La portada de esta edición dice: *La Tierra del Mambí o Aventuras de un Corresponsal del "Herald" en Cuba, por James J. O'Kelly, traducción de E. C.* (Mayagüez. P. R. 1888).

Pero ya Figarola Caneda ha dicho que esta edición fué tirada clandestinamente en la Haba-

na, y no en Puerto Rico, como parece indicar su pie de imprenta. Es verosímil que así fuese, aunque por razones circunstanciales que ahora se nos ocultan, pues hacía un año que ya en Cuba se había impreso por *El Cubano* el texto íntegro de la obra de O'Kelly, y parece que lo que pudo hacerse en 1887 podía reproducirse en 1888. Y si no podía hacerse en la Habana tampoco podía haberse ejecutado en una villa borinqueña.

Todavía hemos de contar otras tres traducciones castellanas de la misma obra, tales como la de un periódico de Matanzas, otra hecha por A. Núñez-Parra que al ver la luz estas líneas se acaba de insertar en el *Heraldo de Cuba* (1930) y otra debida al culto funcionario fiscal y diplomático doctor Recaredo García que por infortunada circunstancia no hemos podido utilizar al formar este volumen. Pocos meses ha que un novel y encomiado cuentista cubano, Pablo de la Torriente-Brau, ha sorbido de la vida de O'Kelly, conocida por la lectura de estas mismas cuartillas que ahora van a la tipografía, su inspiración para uno de los cuentos más celebrados de su libro *Batey* (1). Ello prueba cuán deseada ha sido y sigue siendo en Cuba la narración del corresponsal O'Kelly.

Poco diremos de la narración que hoy reproducimos. Es viva e interesa como una novela episódica; está saturada del espíritu patrio-

(1) P. DE LA TORRIENTE-BRAU y GONZALO MAZAS GARBAYO. *Batey*. Habana, 1930.

ticamente liberal, ardiente e inquieto en un pecho juvenil de irlandés, que rodando los años habría de distinguirse en el Parlamento de Londres en defensa de la personalidad de su nación *irredenta*. *La tierra del mambí* es libro estimulante, animado con las emociones de la patria, de la libertad, de la juventud. Pinta una época, un pueblo, un carácter y un ideal.

\* \* \*

O'Kelly no volvió por Cuba; pero su espíritu aventurero no se amortiguó con los riesgos corridos en el territorio cubano, al salir de *La tierra del mambí*, ni se olvidó de la suerte de este país.

Apenas el intrépido reportero se libró de España huyendo a Gibraltar, fraguó un diabólico plan para hacer un imperial regalo a la corona española, robandóselo a Inglaterra. Pensó en conquistar nada menos que el Peñón gibraltareño.

En los pocos días que O'Kelly pasó en la formidable posesión británica, estudió la fortaleza y descubrió a lo largo de la roca un sendero abandonado, sólo en uso por los contrabandistas que defraudaban a las aduanas españolas. Por allí podían entrar de noche unos doscientos aventureros irlandeses mandados por él y, previa una fácil inteligencia con los numerosos irlandeses fenianos que figuraban en dos regimientos de la guarnición y el apoyo ulterior de los españoles, se podía asegurar el éxito de la sorpresa. Así tramó el plan para su momento oportuno. Y

se sabe que pocos años después volvió a Madrid O'Kelly, acompañado del doctor William Carroll de Filadelfia, representante de las organizaciones irlandesas de los Estados Unidos, y ambos expusieron el plan a Cánovas del Castillo, entonces presidente del Consejo de Ministros de Alfonso XII, quien les hizo comprender que nada importaba tomar a Gibraltar, si la superioridad naval de Inglaterra bombardeando las ciudades costeras o aniquilando el comercio español, obligaría a España a devolverle el Peñón sorprendido. Así, pues, O'Kelly tuvo que renunciar a esa nueva aventura bélica contra su odiada Albión. Pero no desmayó por eso, y regresó a Nueva York para seguir trabajando por la libertad de Irlanda.

Leemos también que, el año 1876, O'Kelly empuñó de nuevo las armas en los Estados Unidos, como voluntario o corresponsal de guerra, enganchado en una expedición militar contra los indios sioux y su corajudo jefe *Sitting Bull*.

Ya hemos dicho que desde muy joven O'Kelly conspiró por la libertad patria, y que no ocultaba su enemiga a los supeditadores de su tierra, fueren o no irlandeses. Durante todas sus correrías periodísticas y militares por Francia, Méjico, Estados Unidos y Cuba, tenía presente la conspiración irlandesa. El episodio de Gibraltar bien demuestra la incesante animadversión que lo movía contra la Gran Bretaña.

En Nueva York siguió conspirando por la independencia de su patria nativa, como miembro activísimo del *Clan-na-Gael*.

William O'Brien cuenta que sus románticas empresas en Cuba como corresponsal del *New York Herald* le dieron a O'Kelly una asombrosa influencia entre los políticos norteamericanos, que él aprovechó siempre para sus conspiraciones y propagandas (1).

"Desde 1870 yo venía embarcando armas de los Estados Unidos para la revolución de mi patria. No hay secreto en eso", le dijo años después a los ingleses investigadores de sus andanzas subversivas, mientras éstos le mostraban cartas conspiradoras de aquellos años, y O'Kelly se sonreía ante la evocación romántica de su juventud (2).

Cuando Michael Davitt, el agitador feniano, fué a Nueva York en agosto de 1878 para trabajar por una alianza entre los irlandeses revolucionarios y los constitucionalistas, como forma de vencer al absolutismo anglosajón, la primera persona que buscó fué a O'Kelly, y encontróse con que ya James J. O'Kelly, con John Devoy y otros, habían preparado la opinión favorable a una coalición política antibritánica (3). Y, al fin, se concertó esa alianza, temporal al menos, entre los parlamentarios irlandeses, o sean los autonomistas, dirigidos por Parnell, quien había derrotado en la jefatura de los *homerulers* a Butt, y

(1) Ob. cit., pág. 90.

(2) JOHN MACDONALD. *Diary of Parnell Commission*. Londres, 1890, pág. 298.

(3) R. BARRY O'BRIEN. *The life of Charles S. Parnell, 1846-1891*. Londres, 1898, Vol. I, pág. 157.

los fenianos, o separatistas del *Clan-na-Gael*, acaudillados por la romántica figura del poeta John O'Leary (1). Eso no significaba que los revolucionarios se abandonaran. Por eso, el año 1878, el arrojado periodista dublinés regresó a Irlanda, con representación del *Clan-na-Gael*, en seguimiento de su idea patriótica: "Vine a Irlanda a organizarla para la revolución", le dijo al juez, sin ambages ni vacilaciones. "Lo que ustedes quieran saber de mí, lo sabrán todo."

En tanto la revolución venía, si fracasaba en definitiva la tentativa parlamentaria, O'Kelly no olvidó sus bríos y éxitos como corresponsal de guerra. Se le ve de nuevo en Africa, allá en el Sudán egipcio, enviando correspondencias al *Daily News*, de Londres. El valeroso periodista y soldado de fortuna quiso penetrar en las tropas insurrectas del Mahdí, pero no pudo lograrlo. Sus hazañas en el Alto Nilo y en Khartum se hicieron populares, reverdeciendo su nombradía.

O'Connor refiere (2) que las correspondencias de O'Kelly sobre el conflicto sudanés fueron las primeras noticias que tuvo el pueblo británico del verdadero carácter y fuerza real de la insurrección madhista contra el gobierno kedivial del Egipto, entonces estrechamente vinculado a Inglaterra. Las observaciones juiciosas del periodista y solda-

(1) Este lírico irlandés, que inflamó sus poesías en el fuego de la libertad patria, periodista editor de *The Irish People*, evoca por su exaltación cívica la figura de Martí, el magno poeta y apóstol de los libertadores de Cuba.

(2) T. P. O'CONNOR. *The Parnell Movement*. Londres, 1886.



do hechas en el *Freeman's Journal* acerca de la estrategia empleada por Lord Wolseley fueron sensacionales, y el desastre sobrevino cómo y cuándo O'Kelly había predicho.

No obstante estas noticias de muy señalada fuente, acabamos de leer en un periódico irlandés otra explicación de la aventura sudanesa de O'Kelly: "En 1884, O'Kelly desapareció de la Cámara de los Comunes durante seis meses. Nadie supo entonces a dónde fué. Y fué a *ayudar* al Madhí y sus guerreros del desierto contra las tropas inglesas. O'Kelly vistió el traje de los árabes y no fué sino él mismo quien distinguiéndose tanto por su valor militar llegó a inspirar, sin saberlo, unos versos de Rudyard Kipling "*a un bravo guerrero del Sudán*" (1). Esta explicación, que tiene tanto de novela caballeresca, no es del todo inverosímil, si se refleja sobre ella toda la vida anglófoba de O'Kelly; pero no tenemos forma de discernir lo cierto en ese episodio misterioso.

Estimamos como más verídica otra versión, por razón de su fuente autorizada, que debemos reservar. Se admiten los propósitos anglófobos de O'Kelly cuando éste voluntariamente y presuroso se lanzó de nuevo a las fatigas y riesgos del periodismo de guerra como súbdito de uno de los beligerantes, y acudió al Sudán como corresponsal del *Daily News* de Londres. Allí fué con el oculto y atrevidísimo propósito de ayudar a los afri-

(1) Según *The Advocate*. Semanario irlandés de Nueva York, 21 de diciembre de 1829. Artículo consagrado a evocar a O'Kelly.

canos en su brega contra Inglaterra, darles consejos y auxiliarles en la adquisición de armamentos, ya que los poseídos por aquellos separatistas del Sudán eran muy primitivos y poco eficaces. O'Kelly logró contacto con los bravos *mambises* del Madhí, ganó su confianza y hasta les dió consejos eficaces. Todo estaba presto para que el audaz irlandés se uniera a las fuerzas madhístas contra Inglaterra, pero los británicos sospecharon las intenciones de O'Kelly, lo arrestaron en Dongola y lo obligaron a regresar a Wady-Halfa, en la ribera del Nilo, impidiéndole realizar su propósito. Sea lo que fuere, la actitud de O'Kelly en el Sudán basta para decirnos cuál era el temple de su ánimo, su audacia y la firmeza de su enemistad contra la nación que sojuzgaba a su tierra nativa.

Apenas pacificado el Sudán, sobrevino para Inglaterra la crisis con el gobierno moscovita sobre las fronteras del lejano Afghanistan, y de nuevo O'Kelly hubo de entrelazar sus actividades secretas con las de la diplomacia rusa y antibrítánica. En esos días de 1885, O'Kelly debió de sentirse poseído de una gran emoción cívica. Según él, iba a realizarse, al fin, uno de sus insistentes proyectos de vencer a Inglaterra mediante la colaboración con su secular enemigo, el zarismo ruso. El gobierno de San Petersburgo amenazaba enérgicamente al de Afghanistan; ya se habían avanzado las tropas fronterizas y todo parecía anunciar un conflicto armado. El león de la Gran Bretaña, por la seguridad de su gran imperio indostánico, no podía permitir que el oso eslavo

estrechara entre sus zarpas al territorio afgano y llegara así a tocar las fronteras de la India. La guerra entre Inglaterra y Rusia era, pues, probable, y Parnell se dejó convencer por su lugarteniente para realizar uno de sus endemoniados proyectos. O'Kelly como hombre de toda confianza fué enviado por los separatistas de Londres a Nueva York para que, aprovechándose de sus grandes influencias entre los políticos de los Estados Unidos, investigara en éstos y organizara en su caso, la posibilidad de una expedición armada que debía prepararse en suelo de América para caer sobre Irlanda en el momento oportuno y rescatarla del inglés. Los planes eran muy estudiados, y se obtuvo la aprobación por un enviado secreto del zar de Rusia en Londres. En los Estados Unidos debían alistarse privadamente sin levantar suspicacias unos 5,000 irlandeses de nacimiento o de oriundez, entre los veteranos de la guerra civil ocurrida entre los nordistas y los sudistas. Los voluntarios serían en su momento concentrados en un puerto americano, donde se embarcarían en una flota mercante o corsaria que dispondrían los rusos y, atravesando el Atlántico, abordarían las playas de Irlanda, proclamando su independencia. O'Kelly estaba entusiasmado con su proyecto. Tenía la seguridad de que el famoso general Phil. Sheridan, el héroe de Shenandoeh Valley, sería el caudillo del ejército libertador, y hasta tenía conseguido que una alta autoridad de Wáshington cuidaría de que no pudiera producirse ninguna

indiscreta interferencia que obstaculizara los movimientos de los barcos de los rusos, quienes eran entonces para el pueblo americano los *niños bonitos*, según expresión de W. O'Brien, por su enemiga contra Inglaterra. O'Kelly debió de agotar en la articulación de este proyecto todos sus conocimientos de la historia de las conspiraciones y rebeliones armadas de los cubanos; pero esa expedición transmarina en favor de *Irlanda libre*, que recuerda las de Narciso López, estaba destinada a fracasar. Ni siquiera pudo iniciarse, porque Rusia cambió de propósito y entró en acomodamientos con su rival.

Piénsese ahora acerca de la verosimilitud de la ayuda militar de O'Kelly a los sudaneses contra Inglaterra. Acaso O'Kelly fraguó otros proyectos análogos en ocasiones ulteriores de nuevos aprietos de Inglaterra. Se sabe que Parnell entró en maquinaciones parecidas cuando la guerra imperialista contra los boers, pero ignoramos si, como bien pudo ser también entonces verosímil, O'Kelly conspiró esta vez con los sudafricanos.

Otras luchas abiertas le aguardaban en su país, donde tomó parte activa en los movimientos reentoristas (1). Estando O'Kelly en Irlanda en

(1) Estas campañas por la libertad de Irlanda, así en la conspiración como dentro de la tendencia constitucional que representó Parnell, en todas las cuales figuró O'Kelly, pueden seguirse externamente en la reciente obra de JAMES O'CONNOR. *History of Ireland 1798-1924*. Nueva York, 1929, 2 vols. En este libro no se menciona a O'Kelly, pero se obtiene en él una compendiada exposición de las luchas mantenidas por el liberalismo nacional irlandés.

1880 como agente del *Clan-na-Gael*, Parnell lo invitó a que entrara en la coalición parlamentaria de todas las fuerzas políticas irlandesas para ganar ventajas constitucionales al gobierno de Londres. Sin duda, el soldado O'Kelly comprendió la gran eficacia estratégica de dividir las fuerzas nacionalistas en dos alas, según francamente expuso Parnell en un discurso público en Nueva York (1).

Una ala operando en campo raso, con táctica constitucional en descubierta, luchando en el parlamento británico por las libertades irlandesas, exponiendo los anhelos de su pueblo y las injusticias de la realidad que hacían inevitable un cambio total de régimen; y otra ala, cubierta, solapada y amenazante: la revolucionaria, para actuar cuando las insuficiencias de la acción política hicieran indispensables los mayores sacrificios. Sin una declaración tan paladina como la de Parnell, es la conciencia de muchos que así fué también el juego de las fuerzas propulsoras del liberalismo nacional de Cuba. Pero en Irlanda y por aquella época esa colaboración estuvo más conscientemente estructurada que entre los cubanos. El fenianismo en largo tiempo sostuvo con sus fondos y presión moral el constitucionalismo de Parnell y sus seguidores, y, al mismo tiempo, alimentaba fuerzas de choque. El intercambio, allá como acá, era recíproco. El separatismo hacía aconsejables ciertas transacciones por el absolutismo

(1) Citado en el resumen de JAMES R. THURSFIELD acerca de PARNELL, para la *Enciclopedia británica*, vol XX.

metropolitano en evitación de prontas soluciones más radicales; el autonomismo avivaba la conciencia nacional, adiestraba sus fuerzas cívicas, estudiaba las necesidades patrias, iluminaba a los estadistas e iba, al menos así se deseaba, conquistando terreno que hacía más fácil la victoria decisiva. O'Kelly, como llega hasta nosotros la crónica de su vida, fué uno de esos complejos personajes que no sólo pudieron comprender la amplitud de esa estrategia, sino que constantemente según aconsejaban las contingencias que la historia iba desarrollando, las actuaban personal y denodadamente en ambas alas del liberalísimo irlandés, el autonomista y el revolucionario; y hasta con las potencias extranjeras, conspirando siempre contra el dominio metropolitico británico, pero sin perder su posición, igualmente briosos y combativos, desde el parlamento de Londres.

Por eso vemos que cuando pasó en aquellos años la posibilidad revolucionaria, y el parlamentarismo parecía llamado a obtener concesiones de Inglaterra, O'Kelly aceptó el programa oportunista, como inevitable y transitoria transacción con la adversidad, y se unió a Parnell, para mover al ataque el *ala derecha* del nacionalismo irlandés.

Esa resolución fué muy meditada por O'Kelly, tras mucha ponderación de los hechos y circunstancias y cálculo de las posibilidades que éstas entrañaban. Y hasta no dejaba de tener cierto riesgo personal, dado lo violento de la política en aquellos momentos y la gran desconfianza

de los fenianos, exacerbados por traiciones sucesivas e inesperadas.

Cuando, siendo él un caracterizado extremista, votó por la alianza parlamentaria, concurrió al conciliábulo de los aliados con el seudónimo de *James Martín* (1).

Durante diez años fué O'Kelly uno de los lugartenientes de Parnell. En 1881 ya lo encontramos influyendo en la conducta de su jefe. El conflicto irlandés se hacía más y más profundo y se encrudelecían los ánimos. Por esa época la estrategia política del intrépido soldado aconsejó a Parnell que desapareciera del país, pues era de temerse su prisión y la consiguiente desorganización e ineficacia del movimiento parlamentario irlandés por la carencia de jefe, y acaso alguna contingencia violenta que podía surgir de improviso (2). Parnell se refugió en París, pero regresó en breve. A poco, el 12 de octubre de 1881, durante la agitación nacionalista, O'Kelly conjuntamente con su jefe político, Parnell, y otros colegas, fué sometido a prisión durante varios meses, en Kilmainham, por sus propagandas en pro de la libertad de su hermosa Hibernia (3).

El encarcelamiento no apagó sus fuegos, pues con Parnell y algunos compañeros siguió conspi-

(1) T. P. O'CONNOR. *The Parnell Movement*. Londres 1886, pág. 362.

(2) T. P. O'CONNOR. *Memories of an old Parliamentarian*. Nueva York, 1929, vol. I, pág. 175.

(3) KATHARINE O'SHEA (la esposa de Parnell). *Charles S. Parnell. His love story and political life*. Londres, 1914, vol. I, pág. 208.

rando tras las rejas. Sin embargo, y dígame ésto en demostración de lo vigoroso de la personalidad de O'Kelly, que no se regía en todo caso sino por su propio juicio, noblemente animado y fríamente decidido, el fogoso preso político se negó a subscribir un manifiesto titulado *¡No rent!* con que el parnelismo contestó a Gladstone (1). Era aquél una tremebunda proclama revolucionaria excitando a los irlandeses a no pagar las rentas debidas a los terratenientes británicos, o lo que era igual, a que se negaran a continuar en su condición de vasallos feudales sometidos al señorío de la tierra; era una revolución de brazos caídos, como en varias ocasiones han sido predicadas, por Tolstoi entre otros, y llevadas a intento en las contiendas proletarias.

James J. O'Kelly no firmó el manifiesto de "*¡abajo las rentas!*". Fué decididamente contrario al mismo, a pesar de su habitual extremismo, porque, conjuntamente con otro feniano entusiasta tan caracterizado como Dillon, pudieron comprender su ineficacia. Diéronse exacta cuenta de que en esa ocasión se alzaba contra ellos una fuerza irrefragable, la de la Iglesia católica, que en Irlanda era y ha sido predominante. Ya el cubano José Martí nos expuso con su característica vehemencia lo que la religión católica fué para los irlandeses, según la visión liberal: "La religión católica ha venido a ser la patria para los irlan-

(1) M. M. O'HARA. *Chief and Tribune. Parnell and Davitt*. Dublín, 1919, pág. 198.

deses; pero no la religión católica que el servil y desagradecido secretario del papa Pío VII ponía de asiento del rey protestante de Inglaterra Jorge III, cuando al pedir favores a este enemigo implacable de los católicos de Irlanda le hacía observar que "las colonias protestantes de América se habían alzado contra su graciosa majestad, mientras que la colonia católica del Canadá le había quedado fiel"; sino aquella otra religión de los obispos caballeros y poetas que, con el arpa de oro bordada en su estandarte, verde como su campiña, hacían atrás a los clérigos hambrientos que venían de Roma, manchados con un fausto inicuo, con todos los vicios de una oligarquía soberbia y con el compromiso inmoral de ayudar contra sus vasallos y enemigos, mediante el influjo de la fe, a los príncipes de quienes habían recibido donaciones".

"El cura irlandés fué la almohada, la medicina, el verso, la leyenda, la cólera de Irlanda; de generación en generación, precipitada por la desdicha, se fué acumulando en el irlandés este amor al cura, y antes le quemarán al irlandés el corazón en su pipa, que arrancarle el cariño a su "Sogarth Aroon", su poesía y su consuelo, su patria en el destierro y el olor de su campo nativo, su medicina y su almohada" (1).

O'Kelly y Dillon en aquellos momentos deci-

(1) JOSÉ MARTÍ. *La excomunión del Padre Mc Glynn*. Correspondencia a "El Partido Liberal", de Méjico, en 20 de julio de 1887. Vol. IV de las *Obras* de J. MARTÍ. En los *Estados Unidos*, pág. 43.

sivos comprendieron claramente que "una lucha contra la renta no podía ser librada sin el auxilio del clero rural, y era evidente que los clérigos no apoyarían una tal campaña por el principio revolucionario que envolvía. El Vaticano no había de consentírsele" (1). Era un sacrificio estéril, y, por tanto, un paso atrás.

Parnell en su intimidad pensaba como O'Kelly, pero se dejó arrastrar por la mayoría impetuosa y se publicó el manifiesto temido. R. B. O'Brien dice que ocurrió entonces lo antevisto por O'Kelly: "Los obispos lo condenaron; y por eso el pueblo lo ignoró". Acaso este comentario sea excesivo, pues la proclama fué de gran resonancia. Los lores latifundistas se vieron atacados en la base de sus privilegios seculares; y el cardenal arzobispo de Dublín excomulgó a los que así se rebelaban contra el derecho de propiedad más abusivo y hacían con sus ataques la guerra patriótica. La gleba, amenazada desde Londres por medio de las fuerzas inglesas y desde el cielo por los altos dignatarios eclesiásticos, no pudo responder a la excitación de los parnelistas presos; pero, al fin, se temieron seriamente las consecuencias del terrorismo gubernativo, pues crecieron las sociedades secretas, se iniciaron los homicidios de señores rurales como violenta represalia, y en el mes de mayo siguiente Gladstone tuvo que celebrar con Parnell un pacto transaccional, que se llamó el *tratado de Kilmainham*.

(1) R. B. O'BRIEN. *Loc. cit.*, vol. I, pág. 320.

Entonces O'Kelly, junto con su jefe, quedó en libertad y fué a Londres con una aureola política.

Cuando los diputados encarcelados reaparecieron en Westminster fueron felicitados y recibidos tan gratamente que su liberación constituyó una gran victoria política para Irlanda; una crisis parcial del gabinete se hizo necesaria, y hasta no pocos de sus antiguos contrincantes se congratularon por su rehabilitación.

En 1885 O'Kelly fué electo diputado a la Cámara de los Comunes por el distrito electoral de Roscommon. Su triunfo fué el más sonado de aquella campaña política por ser su derrotado contrincante el temido O'Connor Don, uno de los personajes más pertinaces como mantenedores del vasallaje del campesino irlandés, y, además, por la significación extremista de O'Kelly (1).

Como diputado se hizo célebre por su acometividad en las filas de los *home-rulers*. Solía decir O'Kelly: "A veces ocurre en la política como en la cacería de búfalos, allá en América. Se dispara contra el animal y éste huye, sigue al parecer impávido; pero ya lleva en su cuerpo la bala que ha de ocasionarle la muerte. Siempre hay que tirar a dar en el blanco; la caza se recoge después" (2).

Se contaba en los corredores y mentideros de Westminster que algunos diputados británicos temían tanto su cortante lenguaje y su inflexible

(1) MICHAEL MACDONAGH. *The Home Rule Movement*. Dublin, 1920, pág. 131.

(2) T. P. O'CONNOR. *Gladstone's House of Commons*, Londres, 1885, pág. 338.

actitud que intrigaban por no pertenecer a las mismas comisiones permanentes en que figurase el irlandés de acero; prefiriendo tenerlo frente a frente en el Parlamento que a su lado en el seno de una comisión. O'Kelly fué sin duda el más significado de los colaboradores de Carlos Stewart Parnell, el célebre y batallador político, que fué llamado el *rey sin corona* de Irlanda, aliado frecuente de Gladstone a cambio del apoyo de éste al principio autonómico en la verde Erín. En el Parlamento se pusieron de relieve las dotes de O'Kelly. Era hombre de sangre fría, calma, prudencia y astuta vigilancia, puestas al servicio de un valor irreprochable, como corresponde a un carácter de verdadero soldado.

T. P. O'Connor, su compañero de largos años, quien acaba de morir (1929) siendo el decano de los diputados de la Cámara de los Comunes, ha dicho "que en el Parlamento, O'Kelly fué una de las personas más influyentes y decisivas en la marcha política de su partido. Puso siempre en sus consejos y resoluciones al trazar los derroteros del partido irlandés una gran fuerza de voluntad, una enorme y universal experiencia de la vida, un sentido común que puede decirse *feroz*, y una devoción por los intereses de su país que era absoluta" (1).

Aunque su valor personal fué incomparable, el consejo de O'Kelly fué siempre ponderado más que impulsivo y dado a la precipitación; no fué

(1) *The Parnell movement*, pág. 363.

un aventurero exaltado, sino un soldado, todo un viejo soldado, frío calculador del enemigo. "Eres un conservador revolucionario", le decían sus amigos, por esas aparentes contradicciones que daban más fuerza y trascendencia a sus actividades. "Sus ideas y expresiones solían traducirse en un realismo casi cínico, y, sin embargo, era un purísimo idealista". "Tenía un porte militar y una natural gallardía que a todos interesaba"... "Con su figura erecta, robusta y ágil, de fieros bigotes, y sus ojos grises y penetrantes, agudo, franco, rápido y oportuno en su decir, pero correcto y digno, como hombre que se respetaba a sí mismo, O'Kelly parecía como un soldado en todo" (1).

"James J. O'Kelly era diferente a todos los demás, dice un historiador del parnelismo (2). Era un tipo de soldado de la vieja escuela. La energía, la intrepidez, la resolución eran vivamente expresadas por sus rasgos faciales; gran mandíbula, erizadas cejas, azules ojos de mirada penetrante, espeso mostacho. Y únase a ésto su lacónico y cuartelero lenguaje" (3).

Poco sabemos de la oratoria de O'Kelly. Se

(1) JOHN McDONNALD. *Diary of the Parnell Commissions*. Londres, 1890, pág. 297.

(2) MACDONAGH, *Ob. cit.*, pág. 131.

(3) La figura de O'Kelly aparece bien reflejada en el retrato que reproducimos; fino obsequio del señor G. Patterson, actual ministro de Cuba en Londres, referente a O'Kelly poco antes de morir. Hablamos preferido publicar otro retrato, de 1880, que bondadosamente nos ha proporcionado Aloysius O'Kelly, hermano de James, por ser su efigie más próxima a su viaje por la tierra del mambí y de la época más resonante de la vida del preclaro irlandés; pero ha resultado muy descolorido para poder ser aprovechado en este libro.

ha dicho de él que era, como sus colegas obstruccionistas, de esos oradores que saben hablar cuando tienen algo que decir y también cuando no tienen nada de que tratar (1); pero más debió de señalarse aquélla por su contundencia y sus vocablos precisos y certeros, que reflejaban su carácter, y por la incansable persistencia en el seguimiento de su propósito. Tal fué de punzante la oratoria de O'Kelly en el Parlamento de Londres, que varias veces fué honrado con la suspensión de sus derechos. Cuando fueron acusados los parnelistas como cómplices o inductores de la campaña terrorista contra el absolutismo desatado en Irlanda por el grupo desesperado, y un diputado los increpó en pleno Parlamento, Parnell se alzó de su asiento y sólo replicó: "*¡Es mentira!*" Pero inmediatamente O'Kelly en pie comenzó a vociferar contra su acusador: "*¡Mentira! ¡Mentira! ¡Mentira!*" y así estuvo repitiendo el insulto, abrumando largo rato a su adversario, hasta que fué expulsado del salón y suspendido de sus derechos parlamentarios por una semana. Ese género de oratoria debió de ser característico del soldado parlamentario. O'Connor, que refiere el caso, añade que, bromeando con su colega O'Kelly, le dijo a éste un día que se proponía publicar una colección de sus discursos, con una larga serie de ellos, pero consistentes todos en una sola palabra: "*¡Mentira!*" indefinidamente reiterada, pues era la expresión

(1) J. S. MAHONEY. *Charles S. Parnell and what has achieved for Ireland*, Nueva York, 1885, pág. 44

oratoria más usual en boca de O'Kelly (1). Entre otras iniciativas, tuvo O'Kelly la estruendosa de suscribir un *bill* legislativo declarando la abolición total de la Cámara de los Lores, proyecto parlamentariamente posible en Inglaterra, donde no existe una constitución escrita. O'Kelly hasta llevó la cuestión revolucionaria a los *meetings* tradicionales de las multitudes londinenses del Hyde Park. Y hasta hizo una ruidosa interpelación oficial a Gladstone, preguntándole irónicamente si no apoyaría el proyecto antisenatorial (2).

No obstante, consta que O'Kelly logró hacer pasar en 1883 un proyecto de ley suyo, el llamado *Reproductive Loan Fund Bill*, acerca del crédito agrario de Irlanda, que suavizaba la dura situación campesina (3).

Volvió a ser electo en 1886, sin contrincante; pero perdió la contienda en las urnas cuando las elecciones parlamentarias de 1892. Tomó la revancha en 1895 y continuó como diputado en las vicisitudes de la política irlandesa, que ya no podía decirse parnelista, porque Parnell había muerto el 6 de octubre de 1891.

En las bregas de la política patria, O'Kelly no olvidó sus dotes periodísticas. Desde el periódico de radical irlandesismo, fundado en Londres por Parnell poco antes de morir, y dirigido por O'Ke-

(1) *Memories of an old Parliamentarian*, Nueva York, 1929. Vol. I, pág. 277.

(2) T. P. O'CONNOR. *Gladstone's House of Commons*. Londres, 1885, pág. 278.

(3) T. P. O'CONNOR. *Gladstone's, etc.*, pág. 360.

lly, titulado *Irish Daily Independent*, éste apoyó con calor los ideales libertadores de la nación irlandesa durante varios años, en la más amplia proyección de los mismos. O'Kelly no era sólo un separatista irlandés, sino que era de espíritu marcadamente liberal y en aquellos tiempos tildado de avanzadísimo. Tenía por orgullo ser muy amigo de los republicanos radicales de Francia, entre los que sobresalía Jorge Clemenceau, quien acaba de ser bajado a su tumba en la tierra vandeana. En 1884, O'Kelly persuadió a su jefe político, Parnell, de la conveniencia de establecer contacto estratégico con los personajes radicales ultrafretanos, y lo condujo a París. Allí los irlandeses visitaron ostensiblemente las redacciones de la prensa roja, causando el asombro de los conservadores franceses, que no concebían un irlandés librepensador y que estaban acostumbrados a tratar siempre a la patria de O'Kelly como "La Católica Irlanda". Esas visitas a los centros liberales fueron pronto sabidas y acremente comentadas en Dublín, con sensación en los círculos clericales, que tanto significaron siempre en la historia política irlandesa. Parnell desde entonces fué considerado como un enemigo peligroso de la Iglesia católica en Irlanda, y el clericalismo le declaró guerra a muerte. Puede, pues, decirse que la iniciativa de O'Kelly fué fatal para Parnell, pues desde entonces no cesó la hostilidad abierta del elemento clerical contra su política y, al fin, lo venció, aprovechando una estrategia de Gladstone, y haciendo escándalo de una



peripecia amorosa del jefe del irlandesismo parlamentario. No es que desde esa época el clero católico fuese hostil a la política separatista del pueblo irlandés. Los sacerdotes de Irlanda, por conveniencia de la Iglesia, claramente comprendida y recordada desde Roma, fueron contrarios a las militancias nacionalistas de su patria cuando se precipitaban en conspiraciones y estallidos revolucionarios. La religión necesitaba del orden y de la autoridad monárquica establecida y acatada, para su obra de salvar almas. No se querían conmociones políticas, pues frescas eran aún las de Francia que significaron graves quebrantos para la Iglesia, no sólo cuando las repúblicas sino aun bajo el segundo imperio, que en 1870 abandonó al liberalismo italiano el dominio temporal de Roma. Ya en 1798, los nacionalistas irlandeses arrojaron las excomuniones de sus prelados, partidarios de la monarquía dominadora, como sus colegas lo fueron en América del rey español Fernando VII, contra los nacionalistas de aquende el Atlántico. Cuando los sacudimientos violentísimos de 1866 y 1867 en Irlanda, a los rebeldes fenianos se les negaban los sacramentos (1). Los sacerdotes humildes si fueron bien tachados de nacionalistas; los párrocos fueron sólo tolerantes, por su mayor identificación con sus feligreses y convecinos y por no romper su contacto directo con la grey; los obispos ya fueron excomulgadores; y los arzobispos, con el cardenal de Dublín a la cabeza, fulminaron

(1) O'DONEELL. Ob. cit. Vol I.

anatemas contra los que negaran su vasallaje al rey inglés.

O'Kelly no fué nunca dado a la fruición religiosa ni amigo del clero. Por lo que tiene de cubana, recordemos que estando aquél preso en el santiaguero castillo del Morro, le refirió una anécdota a un colega visitante, con poco respeto y sobra de sarcasmo para el arzobispo de Santiago de Cuba, quien fué a verlo en el calabozo, a "contemplarlo desde lejos" y "sin presentarle tarjeta de su visita", por lo que altivo y con desprecio O'Kelly volvió las espaldas al jerarca eclesiástico (1).

Las circunstancias, pues, hicieron que Parnell, como antes Butt, viniera a representar forzosamente la inconformidad de los elementos liberales del pueblo irlandés contra la sumisión a la tutela clerical que secularmente fué característica de la sociedad de Irlanda y que antes de las campañas liberales de los nacionalistas se encarnaba en la política tradicionalista de un adusto y sombrío O'Connell para quien, según fué su dicho: "toda la libertad humana no valía una sola gota de sangre de hombre".

A pesar de su prestigio, se criticaron a O'Kelly, como a Parnell y a otros, sus transacciones transitorias con fórmulas posibilistas, como treguas para reposar y reorganizar las fuerzas por el momento en la impotencia; pero su separatismo fundamental no se amenguó jamás.

(1) Correspondencia de F. F. MILLER al *New York Herald*, de 7 de junio.

Allá, como en Cuba, el ansia de libertades y el diferente criterio valorizador de circunstancias, emociones y conveniencias, repartían a los políticos forjadores del porvenir patrio en matices muy variados. A un lado, los conformes con los privilegiados, y al otro, los revolucionarios; en el centro, los posibilistas, aprovechadores de la oportunidad histórica. En 1870, Isaac Butt fundó el partido irlandés sostenedor del programa del *Home Rule*, o como diríamos con la terminología de la política cubana, del autonomismo para Irlanda.

Pero aun entre estos, hubo los que nutrían en el autonomismo la creciente personalidad irlandesa para un futuro cívico de robustas libertades, y los que sólo vieron en el *home rule* la fórmula definitiva de la unión imperial. O'Kelly, feniano y radical de ideas, no fué de estos últimos; sólo fué al parnelismo como a una de esas organizaciones atléticas y de tiradores que en los pueblos oprimidos sirven de adiestramiento a la juventud, estimulando so capa de competencia y esparcimientos deportivos la sanidad y vigor de los cuerpos y de los caracteres para los días sacros de la redención por la sangre.

Uno de sus compatriotas adversarios ha escrito de O'Kelly (1): "fué el ultraextremista, entre los secuaces de Parnell, que accedió a dejar su carrera periodística en el *New York Herald* para venir a la Cámara de los Comunes sólo para darse la satisfacción de expresar impunemente, a boca

(1) FRANK HUGH O'DONNELL. *A History of the Irish Parliamentary Party*. Londres, 1910. Vol I, pág. 153.

llena y cara a cara, todo su profundo desprecio por lo sajón y su reto altivo al sajonismo".

Esta animosidad contra Inglaterra lo mantuvo siempre en contactos con los adversarios de Albión, siguiendo el proverbio que dice: "los enemigos de mis enemigos, mis amigos son". Uno de sus colegas en el periodismo refiere que: "tenía O'Kelly una curiosa y excitante manera de contar sus numerosas aventuras románticas, en relación con sus excursiones bélicas por Argelia, Méjico y Cuba, dejándolas siempre a medias; pero, en cambio, se extendía en concebir los más ingeniosos proyectos de intrigas y complicaciones extranjeras, que debían acarrear, si llegaban a producirse, el vencimiento de su odiada Inglaterra y la libertad de su querida Erin" (1).

Parnell tenía siempre que desengañar a O'Kelly, llamándolo a la realidad internacional. Mientras éste pensaba en complicaciones antinglesas bajo la presión de Francia o Rusia, Parnell las negaba. "¡Bah! le decía a O'Kelly, no son Rusia ni Francia las que pueden obligar a Inglaterra. Los Estados Unidos son el único pueblo que podrían, si quisieran, conseguir la libertad para Irlanda, sin necesidad de una guerra" (2).

No desacertaba del todo el leader irlandés, al menos en cuanto a la positiva influencia de los elementos americanos en la determinación de los destinos políticos de la vieja Hibernia. Esto

(1) WILLIAM O'BRIEN. *The Parnell of the real life*. Londres, 1920, pág. 38.

(2) WILLIAM O'BRIEN. Ob. cit., pág. 39.

aparte de que Parnell, según W. O'Brien, era casi norteamericano; la mitad por su sangre y cinco sextas partes por sus simpatías. No era, pues, raro en la desesperación de los patriotas irlandeses, afligidos por la injusticia abrumadora del absolutismo, que era amparado por la fortísima Gran Bretaña, y lo exiguo de las energías coordinables para la liberación, que aquéllos insistentemente pidieran la intervención de los Estados Unidos en pro de la justicia humana.

El carácter inflexible de O'Kelly se reveló de nuevo a fines del año 1890, con motivo de la grave crisis provocada contra Parnell por el conservativismo irlandés y la actitud, acaso en gran parte obligada, de Gladstone. Entonces, el fiel lugarteniente tuvo por razones patrióticas que disentir del jefe y amigo.

Contra éste se desató una conjura en forma de escándalo por su proceso como adúltero, y aun cuando se casó con su predivorciada amante, Parnell no pudo seguir como jefe del partido parlamentario irlandés. Se opuso la hueste tradicionalista que en Irlanda prevalecía, y Gladstone no pudo sostener a su aliado. Por su parte, los diputados irlandeses liberales se vieron obligados por la imperiosa realidad de las circunstancias políticas a escoger entre Irlanda con Gladstone, o con Parnell, pero sin Irlanda. Es decir, entre las esperanzas, que resultaron desvanecidas, de una legislación favorable a Irlanda con el apoyo de Gladstone, o la esterilidad de una contienda indeterminada, dirigida por un caudillo que ya había

perdido el apoyo del liberalismo inglés y se había echado la enemiga, ahora ya directa y sistemática, de los mitrados irlandeses, basada públicamente en su pecaminosa posición conyugal. Los compañeros de Parnell fueron decidiéndose por las ventajas que a sus ideales patrios ofrecía el apoyo gladstoniano, y el caudillo fué sacrificado.

Sus lugartenientes fueron desertando, algunos "cobardemente", como adjetivaba su muy doliente esposa (1). Parnell estimaba mucho a O'Kelly por haber trabajado con él íntimamente durante varios años en las conspiraciones, ya desde América, y sintió profundamente la que él estimó como deslealtad y defección de su amigo, según refiere su biografía y amante esposa.

O'Kelly correspondía lealmente a su afecto, y acaso en las póstumas recriminaciones de la esposa hubiera exageración, pues consta que en aquellos días en que abandonaban a Parnell sus amigos y cuando el jefe estaba ya al margen de su desastre, O'Kelly lo acompañaba. Cuando, a poco, Parnell electoralmente luchó y fué derrotado en Kilkenny, el 13 de diciembre de 1890, O'Kelly estaba a su lado, según atestigua O'Brien, quien, además, dice de aquel compañero, que fué "él único amigo personal que Parnell tuvo entre todos sus partidarios, la única persona a quien el jefe abría libremente su pecho" (2).

Apenas murió Parnell, O'Kelly acudió a Brigh-

(1) *Obra citada*, pág. 183.

(2) R. BARRY O'BRIEN. *The life of Ch. S. Parnell*, 1846-1891. Londres, 1893. Vol 2º, pág. 300.

ton y fué recibido en la cámara mortuoria. "Prueba concluyente, dice Anderson (1), de su íntima amistad con el *rey incoronado* de Irlanda".

"O'Kelly nunca abandonó a su jefe", dijo quien fué contrincante de ambos, desde el conservativismo irlandés (2).

Esa integridad de carácter la demostró O'Kelly en su conducta ética, que no mereció un reproche. Cuando O'Kelly fué a Irlanda como comisionado del *Glan-na-Gael*, sección la más agresiva de la fraternidad feniana (*The Irish Republic Brotherhood*), llevó consigo una gruesa cantidad de dinero para comprar armas, introducirlas clandestinamente en su patria y repartirlas entre los grupos de conspiradores hambrientos, durante la carestía y consiguiente miseria que se pronosticaban como seguras para 1879; pero la escasez no fué tan grande como se esperaba y el descontento de las masas aldeanas no pudo ser *movilizado* en sentido revolucionario. Entonces, O'Kelly devolvió el dinero que le había sido confiado por O'Donovan Rossa, el fundador, en 1876, del secreto *skirmishing fund* del fenianismo (3).

En otra ocasión, cuando en contra de O'Kelly, como de Parnell y otros, llegaron sus irreconciliables enemigos absolutistas a inventar falsas cartas deshonorosas que se publicaron en el *Ti-*

(1) Loc. cit., pág. 159.

(2) FRANK HUGH O'DONNELL. *Ob. cit.*, vol I, pág. 458.

(3) JOHN MAC DONALD. *Diary of the Parnell Commission*. Londres, 1890, pág. 299.

*mes* londinense, tuvo también su falsario que rectificarlas plenamente (1).

Sin duda, la posición supeditada de Irlanda y sus esfuerzos por enaltecerla debieron de recordarle a menudo la suerte infeliz de la isla americana que tan bella le pareciera. Muchas analogías tuvo entonces el separatismo irlandés con el cubano, como la insularidad nacional, su proximidad a una gran potencia militar y económica, la proclamación de la república por los revolucionarios cuando sólo era un anhelo ensangrentado, las conspiraciones constantes e intensas en los Estados Unidos (2), las suscripciones de dinero y voluntarios expedicionarios por los emigrados, las sociedades secretas extendidísimas y laborantes en el suelo patrio y en el extranjero, los alistamientos de oficiales y soldados fogueados en guerras extrañas... la enemiga de los liberales metropolitanos que, mientras aplaudían a los nacionalistas italianos de Garibaldi o a los húngaros de Kossuth, abominaban de sus subyugados de Irlanda o de Cuba... Hasta tuvo Irlanda en su problema contra Inglaterra implicaciones racistas, como las tuvo Cuba contra su metrópoli, pues allí hasta se dijo de los celtas que eran una raza inferior que debía someterse a la semidivina

(1) T. P. O'CONNOR. *The Home Rule movement*, Nueva York, 1891, pág. 678.

(2) Este aspecto, muy semejante al de Cuba, puede conocerse en cuanto a esa época del siglo XIX, además de serlo en las obras que se han ido citando, en la de:

PHILIPS H. BAGENAL. *The American Irish and their influence on Irish Politics*. Londres, 1882.

anglosajona (1). Y así como aquí muchos de los jefes separatistas fueron hijos de españoles y aun nacidos en suelo de la península de España, también, desde los tiempos de la reina Isabel, no pocos de los más exaltados patriotas de Irlanda eran anglosajones celtizados, y Parnell fué de genuina extirpe inglesa. Las fuerzas sociales eran, sin embargo, distintas: allá el nacionalismo tenía que erguirse contra los señores latifundistas de arraigo feudal, y aquí los terratenientes cubanos fueron los animadores de todos los esfuerzos secesionistas hacia la independencia o la anexión, según el imperio del ambiente histórico. Pero, en el fondo, Irlanda era, como Cuba, un pueblo ansioso de gobernarse por sí mismo mediante la organización republicana de sus fuerzas sociales.

Se sabe que cuando la última guerra de independencia de Cuba, el entonces diputado irlandés expresó sus invariables simpatías por nuestra patria y sus esfuerzos redentores. Tuvo contactos de colaboración con los mambises, aunque desconocemos si fueron muy intensos. Consta, por ejemplo, que el 2 de julio de 1896 se dirigió O'Kelly a Estrada Palma, a la sazón delegado de la revolución en Nueva York, contestándole una carta suya. Se extrañaba el diputado irlandés (su papel con el membrete de la Cámara de los Comunes) que los cubanos en guerra no utilizaran las costas de Inglaterra para sus expedicio-

(1) Véase la crítica de ese racismo ilusoriamente científico, en JOHN M. ROBERTSON. *The Saxon and the Celt*. 1897.

nes de armas, donde se lograrían más facilidades que en los Estados Unidos; y le advertía a Estrada Palma la posibilidad ocasional de que los cubanos compraran 3000 rifles alemanes, sobrantes de la guerra francoprusiana, a cinco pesos cada uno. Concluía su carta haciendo votos por *Cuba libre* (1).

Nos hemos detenido algún tanto en dar el debido relieve a esa posición franca y tenaz de O'Kelly en pro del separatismo de Irlanda, porque ella muestra que en la aventura del brioso irlandés por la *tierra del mambí* había algo más que una estimulación profesional del periodista. O'Kelly entre los separatistas cubanos debió de meditar el paralelismo en la infelicidad política de Cuba e Irlanda, y en sus simpatías cubanófilas debió de latir el corazón del feniano caldeado por la opresión de su propio pueblo. O'Kelly fué uno de esos tipos enérgicos, idealistas, austeros, incansables y pintorescos que tanto se dieron en el siglo XIX, en ese siglo libertador de pueblos, caído antes de cumplir toda la tarea que le era destinada.

"Nacido en otro lugar y época, O'Kelly habría dejado un gran nombre universal; pero era, sin duda, un hombre de genio" (2).

De sus labores decía O'Kelly: "mi mejor obra

(1) Esta epístola se conserva, entre la correspondencia política de Estrada Palma, como jefe de la delegación revolucionaria, en el Archivo Nacional de la Habana. Aparece citada en el *Boletín* de dicho Archivo. (Vol. XX, pág. 378).

(2) T. P. O'CONNOR. *The Parnell movement*, pág. 353.

no está en las páginas más o menos conocidas y ruidosas que conoce la gente, sino en la anónima persistencia de mi acción política que, desde hace más de veinte años, vengo siguiendo por mi patria" (1).

El "caballero del periodismo" siguió como diputado por North Roscommon, combatiendo contra Inglaterra y contra sus achaques, que le obligaban a la semiparálisis en una silla de ruedas, en la que acudía al Parlamento (2); y así llegó hasta su muerte, ocurrida en Londres el día 22 de diciembre de 1916 (3). Pero al morir ya se había ido apartando bastante de la actividad política por causa de sus dolencias, viviendo en la decorosa modestia que le impusieron su vida aventurera y tormentosa y la rígida integridad de su ética.

Su cadáver yace en el cementerio dublinés de Glasavin, bajo un monumento erigido por sus correligionarios políticos. Algún día los cubanos le echarán unas flores recordándolo con simpatía y gratitud.

Hoy, cuando Irlanda, su patria, es también libre, bien podríamos los cubanos, a iniciativa de sus compañeros de profesión, los periodistas, por medio de cualquiera de sus agrupaciones representativas, consagrarle a James J. O'Kelly un bronce o una calle, lo que sería un rito de agrade-

(1) O'CONNOR. *The Parnell movement*, pág. 363.

(2) En la *Full Story of his Life*, inserta con ocasión de la muerte de O'Kelly, por ONE WHO KNOW HIM en *The Weekly Freeman*, de Nueva York, 30 dic. 1916.

(3) Según JOHN S. CRONE. *A Concise Dictionary of Irish Biography*. Londres, 1928.

cimiento y un lazo espiritual con el pueblo irlandés, con esa nacionalidad que, privada de armas por sus opresores, supo luchar y vencer con sólo su cerebro y el espíritu de sacrificio (1), y que tanto puede, pues, enseñarnos de su gloriosa entereza cívica.

Y el ejemplo de varonía patriótica de James J. O'Kelly no ha de caer en el olvido cubano. La memoria de su vida puede ser acaso más provechosa que la lectura de su único libro, que es el dedicado a nuestros héroes.

La presente edición de *La tierra del mambi* y la biografía que aquí termina (2) quieren ser intérpretes de esa buena voluntad.

Los cubanos estamos en deuda con muchos que ayudaron a *Cuba libre*. Y aquí, donde tantos homenajes callejeros y hasta estatuas presuntuosas se han consagrado a figurillas y figurones que de Cuba republicana hicieron barracón de

(1) CLAUDE G. BOWERS. *The Irish Orators*. Londres. (Introducción).

(2) Séanos permitido consignar una sincerísima gratitud por la colaboración que nos ha sido prestada generosamente, mediante favor de datos y facilidades para la investigación, a los señores Dr. Herminio Portell Vilá, capitán Joaquín Llaverrías y Adrián del Valle, de la Habana; al Dr. Constantino C. Mc Guire, conspicuo economista norteamericano de estirpe irlandesa, cuyo homónimo pariente fué compañero de O'Kelly en la guerra francoprusiana; a Miss M. C. Donehu de la *American Irish Historical Association* de Nueva York; a Mr. James Reidy, editor del *Gaelic American*; y al señor Felipe Taboada, corresponsal de *El Mundo* habanero en dicha urbe.

Y, por fin, *last but not least*, a Mr. Aloysius O'Kelly, hermano del biografiado, por el favor de habernos proporcionado datos íntimos muy interesantes. ¡Gracias a todos!

esclavitudes, trapicheo de conciencias o jícara rebosante de *chocolates* coloniales, bueno será que no se olviden del todo los nombres de quienes soñaron la *tierra del mambí* como una democracia libre... Y la amaron sin vanagloria y con sacrificio.

FERNANDO ORTIZ.

Nueva York y Habana, 1930.

LA TIERRA DEL MAMBI